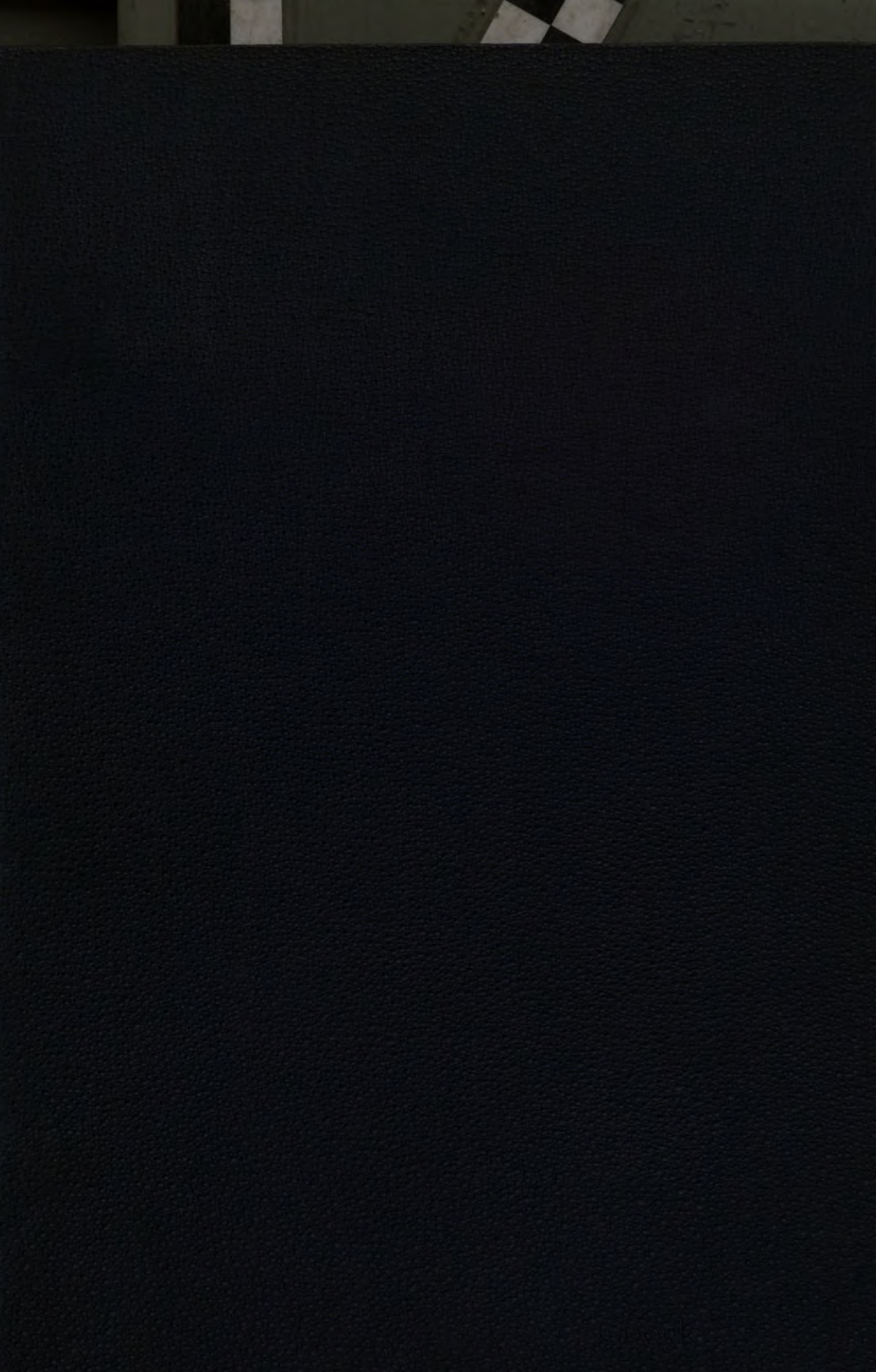



DOMI NUS ILLU
MINA TIO MEA
Taylor Institution.

BASTERO

PROVENZALISTA CATALÁN

BASTERO

PROVENZALISTA CATALÁN

ESTUDIO CRÍTICO-BIBLIOGRÁFICO

QUE CON OCASIÓN DE CONMEMORAR EL

QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO DE SU INGRESO COMO SOCIO ACTIVO EN LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

(24 DE FEBRERO DE 1844)

LEYÓ EN LA SESIÓN PÚBLICA CELEBRADA POR ÉSTA EL 25 DE FEBRERO DE 1894

SU AUTOR

DR. D. JOAQUIN RUBIÓ Y ORS

Vice-Rector de esta Universidad Literaria,
Presidente honorario de dicha Academia, socio Correspondiente
de las Reales Academias Española, de la Historia, de la de Buenas Letras de Sevilla, de la de
Ciencias y Letras de Cádiz, de la Sociedad Arqueológica de Tarragona,
y de otras varias Academias nacionales y extranjeras,
Mestre en Gay saber, etc., etc.



BARCELONA
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE JAIME JEPÚS
Calle del Notariado, núm. 9.—Teléfono 151
1894



Á LA

REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS

DE

BARCELONA

EN RESPETUOSO HOMENAJE DE LA MÁS DISTINGUIDA CONSIDERACIÓN
Y DEL MÁS PROFUNDO AGRADECIMIENTO,
CON OCASIÓN DE CONMEMORAR EL QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO DE SU INGRESO
EN ÉLLA COMO SOCIO ACTIVO EL 24 DE FEBRERO DE 1844

DEDICA

ESTE MODESTO ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO SOBRE

D. ANTONIO DE BASTERO Y LLEDÓ

CONSIDERADO COMO PROVENZALISTA

SU AUTOR

D. JOAQUÍN RUBIÓ Y ORS

(Presidente honorario de la misma).

SEÑORES:

HOY cumple cincuenta años que los que fueron nuestros predecesores en los codiciados escaños de nuestra Academia, y de los cuales soy el único sobreviviente, se dignaron abrirme las puertas de ella é inscribir mi humilde nombre entre los de los ínclitos varones, respetables algunos por su ancianidad, todos por su saber, que constituían la *sección de poesía*, una de las cuatro de que se componía en aquella época esta corporación literaria. No había llegado á la sazón á los veintiseis y había dado apenas los primeros vacilantes pasos en el estudio de las humanas letras; pero ni entonces las sugestiones y halagos del amor propio, en aquella edad tan seductores y vehementes, fueron bastante poderosos para de tal suerte cegarme que no conociera que, no á mis por demás escasos conocimientos, sino á la excesiva indulgencia de los que creyeron por ventura que no siendo todavía merecedores de ningun premio, lo eran de estímulo mis pobres ensayos poéticos y mis aficiones literarias, debía la distinción honrosísima que con admitirme entre

ellos se dignaban dispensarme; ni hoy, después de los muchos años desde aquel acto transcurridos, al recordar la dulcísima emoción con que recibí la noticia de mi nombramiento, y al reconocer, quizás ahora con más claridad que entonces, la grandeza y novedad de tamaña distinción,—puesto que realmente caso nuevo era que un joven de mi edad se sentara en esos sillones,—puedo dejar de afirmarme más y más en la creencia de que no á mis méritos debí aquella distinción, sino á la generosidad, acrecentada tal vez por el aprecio con que me favorecían los que me propusieron y cuantos me honraron con su voto (1); y más y más obligado me siento á conservar imborrable en mi pecho en los años que se digne el Señor concederme de vida, como imborrable ha permanecido en él hasta este día, la memoria del inmenso agradecimiento con que recibí favor tan señalado. Prometí entonces desde lo más íntimo de mi corazón poner todas las energías de mi voluntad y todas las fuerzas de mi inteligencia en corresponder á él. No soy yo quien deba apreciar si aquella deuda de gratitud queda ó no cumplidamente pagada; pero sí me cabe la satisfacción de poder decir,—siquiera entre vosotros con quienes me encuentro como en familia,—que he hecho por mi parte todo lo posible para lograr que así sea.

Si cada efeméride que escribe en sus páginas la historia, sobre todo si se refiere á un acontecimiento triste, es como un *memento* que nos trae á la memoria la rapidez con que transcurren los años; la vertiginosa carrera con que se empujan unos á otros los sucesos históricos, y que parece mayor, en cuanto semeja que vuelan hacia atrás ellos, mientras corremos hacia delante nosotros, á la manera

(1) Fueron, y pláceme recordar sus respetables nombres, D. Próspero de Bofarull, Presidente, D. Joaquín Rey, D. José Antonio Anglada, D. Ramón Roig y Rey, D. Juan Cortada, D. Andrés Avelino Pí y Arimón, D. José Bertrán y Ros, D. Felipe Bertrán, Pbro., D. Francisco Puig y Esteve, Pbro., D. Antonio Puig y Lucá, D. Antonio Baixeras, D. Joaquín Roca y Cornet, D. José Renart, D. Ramón Martí y Eixalá y D. Ramón Muns, Srio.

que en dos trenes que marchan en dirección opuesta, parece doblar la velocidad de entrambos por la que respectivamente llevan uno y otro, por idéntico modo los aniversarios que celebramos los hombres, sobre todo si son de sucesos que tuvieron lugar en días ya lejanos de nosotros,—siquiera les designemos, como es hoy uso común hacerlo, con el poético nombre de bodas de oro,—son como á semejanza de fúnebres recordatorios, por cuanto en la mayor parte de los casos, —y el que hoy celebro es uno de ellos,—á la satisfacción que es natural que se sienta de haber llegado á una edad avanzada, que es donde tales aniversarios pueden conmemorarse, va unido el triste recuerdo de los muchos seres queridos nuestros, que á nuestro lado, por decirlo así, y antes que nosotros sucumbieron en el que llamamos combate de la vida; ó para valernos de una imágen más terriblemente gráfica y de un más crudo realismo, fueron á nuestra vista sorprendidos por la muerte en medio de aquella su fúnebre danza, según la denominó la Edad Media, á que somos por ella llamados todos los nacidos.

De un buen número de los que fueron coetáneos míos y antiguos compañeros vuestros, y que dejaron un nombre ilustre y respetado en la república de las letras, en la historia de nuestra Academia y en la de nuestro querido país por su saber y por sus virtudes cívicas y religiosas,—objeto preferente estas últimas de sus amores, como lo eran por lo general de los hombres doctos de antaño, por grandes que fuesen los que á las letras ó á las ciencias profesasen,—oisteis los que fuisteis invitados á ocupar sus escaños que la muerte iba dejando vacantes, los respetuosos recuerdos, las discretas alabanzas,—digna corona tejida á sus merecimientos,—que en elocuentes y sentidas necrologías les dedicaron en solemnes sesiones destinadas á honrar su memoria, no pocos de los que les sobrevivieron: si algunas veces en cumplimiento de un deber reglamentario y de compañerismo, las más de ellas

como tributo á la amistad ó para satisfacer deudas de agradecimiento. Inútil sería por lo tanto que me detuviese á evocar de nuevo su memoria, y repetir, siquiera fuese en brevísimo sumario, lo que en su loa os dijeron labios más elocuentes y de más autoridad que los míos. Si como cristianos tienen todos, según es de creer, escritos sus nombres en el libro de la vida, y en vuestros corazones grabados cuantos os honrastéis con su amistad y con su trato, como sabios los han dejado hondamente impresos algunos de ellos en sus obras, de las cuales, ya que no sea dable escribir en ellas el arrogante mote de *ære perennius*, como sin temor de que lo desmintieran las futuras edades, atrevióse á escribir en las suyas el Vate venusino, puede fundadamente suponerse que vivirán algunas generaciones de hombres. Permitidme, pues, que inclinando respetuosamente mi cabeza ante su recuerdo, cual la humillaría viendo desfilar sus venerandas sombras ante mis ojos,—como me parecía verlas desfilar tranquilas y majestuosas en mi fantasía mientras escribía estos renglones,—les salude con respeto como á maestros míos, ó sea con el respeto mismo con que de algunos de ellos escuchaba sus lecciones en las aulas de la Universidad, y con que me sentaba á su lado en los escaños de la Academia, y les reitere mis protestas del más cordial agradecimiento, como á quienes con su ejemplo y sus estímulos me hicieron fáciles y hasta agradables los caminos que debían conducirme, y por los cuales he llegado á la adquisición de los conocimientos que poseo; fuentes de goces intelectuales, que, aún dentro del menguado número de aquéllos, tanto han contribuido,—loado sea Dios por ello,—á embellecer mi existencia, á endulzar mis sufrimientos, y sobre todo, á dignificar mi alma; que es el fin más elevado á que debe aspirar, en la medida de sus fuerzas, todo sér inteligente y dueño de su albedrío.

A este sencillo á par que sincero homenaje de cariño y gratitud á los que fueron mis ilustrados consocios y generosos favorecedores, creo deber añadir el de un afectuoso recuerdo á la memoria de los que fueron compañeros míos de ingreso en esta nuestra querida Corporación. No sólo para mí abrió ésta hace 50 años sus puertas. A la vez que se dignaba dispensarme la honra de tomar parte en sus tareas, favorecía con igual distinción, como socios activos, á mi inolvidable amigo D. Pablo Piferrer y á D. José de Mora, y como correspondientes, al Marqués de Miraflores, que debía dar más tarde tan gallarda muestra de su talento como diplomático, y de su discreción é imparcialidad como historiador en sus «Memorias sobre el reinado de Isabel II,» en muchos de cuyos agitados acontecimientos tomó tanta parte; á D. Juan de la Pezuela, hoy Conde de Cheste, decano de nuestros literatos, respetabilísimo Director de la Real Academia Española, y para quien la lengua italiana no tuvo secretos, ni aún bajo la pluma del Dante, ni dificultades la rima, como dan de ello preclaro testimonio las versiones de los poemas del amante de Beatriz, del Ariosto, del Tasso y de Camoens, que puso en versos castellanos; al docto investigador y narrador ameno de las añejas diversiones populares y de no pocas de las más características fiestas, especialmente las madrileñas, así de los tiempos mediovales como de épocas más recientes, D. Basilio Sebastián Castellanos; á D. José March y Labores, escritor correcto, que si no enriqueció las patrias letras con abundantes frutos de su propio ingenio, contribuyó con su laboriosidad y facilidad en traducir al movimiento editorial, que tan alto vuelo tomó al meterse por las puertas de nuestra casa, importadas directamente de Francia, siquiera hubiesen tenido su nacimiento en Alemania, las tentadoras doctrinas del romanticismo, gracias á las obras así originales,—más escasas éstas,—como á

las traducidas que con extraordinaria abundancia brotaban de las imprentas, entre otras de menos importancia, de Bergnes, Oliveras, Verdaguer y Oliva; á don Juan Francisco Albiñana, á quien debió Tarragona haber puesto los cimientos de su notable Museo de antigüedades, principalmente romanas, de que hoy con justicia se envanece, y en cuyo crecimiento trabajó con incansable celo y constancia mientras estuvo encargado de su dirección, en medio de la indiferencia en aquellos tiempos harto general por los estudios arqueológicos, y hasta de la falta de protección de parte de las autoridades; como de ello es evidente y tristísimo testimonio el escrito que en Setiembre de aquel mismo año de 1844, dirigía á esta Academia, quejándose de la tardanza del que era sazón gobernador civil de Tarragona en constituir allí la Comisión de Monumentos. Fruto de su laboriosidad y de sus conocimientos en aquellos estudios es su obra, *Tarragona monumental*, que escribió en coloboración con don Andrés de Bofarull y Brocá, y que dejó incompleta. Hoy vive por dicha obra en la memoria de los eruditos, como por el recuerdo de sus virtudes y por su carácter en alto grado simpático, se conserva en la de los que fuímos sus amigos y disfrutamos de sus generosas atenciones al acompañarle en algunas de sus excursiones arqueológicas. De todos esos varones el venerable Conde de Cheste, de quien, á concederle Dios algunos años más de vida, como de corazón lo deseamos los que nos honramos con su amistad, se podrá decir, con no menos razón que de Timoneda lo decía el gran Lope, «que en vejez al tiempo vence», es el único que no ha sido borrado del libro de los vivos de entre los socios correspondientes, que lo eran el día en que vino á aumentar la lucida hueste con cuyos conocimientos é ingenio cuenta nuestra Academia para que la auxilien en la prosecución de sus elevados fines. Permitidme, Señores, que en nombre vuestro y mío

le felicite por sus bodas de oro con ella en dicha clase, y que ruegue al Cielo que por muchos años podamos saludarle con el honroso título de decano de aquellos nuestros consocios.

Pero si á todos los que dejo nombrados debía el recuerdo que acabo de dedicarles al conmemorar un hecho que estimo, y que debieron estimar ellos en lo que á los mismos se refiere, como de los más honrosos y de los que más hondamente se graban en la mente de los que hacen de las distinciones académicas, cuando se las tiene por justamente otorgadas, una de las más nobles aspiraciones de su vida, mucho más especialmente se lo debo, y más por lo tanto de corazón se lo ofrezco en este solemne momento, á aquel con quien, al nuevo lazo de compañerismo que desde aquel día, con ser llamados los dos á tomar asiento en estos sillones iba más estrechamente á unirnos, juntábase el más hermoso y apretado vínculo, que más que como de amigos, cual de hermanos nos tenía dulcemente ligados uno á otro desde mucho tiempo; ó sea desde que, jóvenes, muy jóvenes, habíamos venido, casi en un mismo punto, á formar parte de aquel grupo de admiradores de Walter Scott, que era el apelativo con que, según él, debíamos distinguirnos, y el mote que debíamos escribir en nuestra bandera los partidarios de aquella nueva escuela literaria de que os hablaba un momento hace. Ya habréis adivinado que me refiero á Piferrer; al inolvidable, al nunca bastante llorado Piferrer, á quien era imposible tratar sin quererle, ni leer sus obras sin admirarle, y del cual como de las rosas de quienes dijo Calderón que hallaron en su botón cuna y sepulcro por haber madrugado á florecer, puede decirse que se agostó en flor su ingenio antes de dar más abundantes frutos de los que de él debían esperarse, por haberlos dado en demasiada abundancia, obligado por la

necesidad, en los albores de su vida. En efecto nuestro amigo vino al mundo el 11 de Diciembre de 1818, y salió de él para volar á otro mejor el 25 de Febrero de 1848, ó sea, el día siguiente al en que cumplía cuatro años de ingreso en nuestra Academia, y antes de llegar á los treinta de su edad. Permitidme pues, que con motivo de ese doble aniversario, de grato recuerdo el uno, de tristísima memoria el otro, venga á ofrecer en vuestro nombre un tributo, doble también, de alabanzas y de lágrimas, á quien, por adverso caso, por demás raro en los modestos anales de nuestra Academia, ésta que jamás se ha mostrado avara en ofrecer aquel tributo á los más preclaros miembros que le son arrebatados por la muerte, dejó de pagarlo al que, apesar de los pocos años que llevaba de contarse en el número de ellos, era tenido ya por de los primeros por sus superiores dotes como escritor, y por las originales y superiores condiciones de su ingenio.

Porque, triste es tener que recordarlo; nuestra Academia, ora fuese porque se viese obligada á aplazar por tiempo indeterminado y por circunstancias, por los que vivimos hoy desconocidas, el que hubo de ser sin duda uno de sus más constantes propósitos, ó sea el de dedicar una solemne sesión necrológica á la memoria del joven socio, por quien podía esperar que se reflejarían en ella los fulgores, como de astro de primera magnitud, con que debía brillar en el cielo de las letras patrias el que tan vivos los despedía en edad tan temprana: ora fuese—y esto es para mí lo más probable,—que esperase que alguno de los amigos de Piferrer; el que se creyese más obligado á ello, ó por ser más estrechos los vínculos de amistad que á él le uniesen, ó mayores las deudas de agradecimiento á que con el mismo se hallase atado, se ofreciera voluntariamente á tejer para nuestro malogrado amigo, en nombre de sus demás compañeros, la corona de tristes re-

cuerdos y de primicias de alabanzas póstumas,—anticipado anuncio de los que debía prodigarle la posteridad más tarde,—lo cierto es que aquella corona no llegó á tejerse, que aquel tributo no llegó á pagarse. Que no puede considerarse como tal, ni por tal nuestra Academia hubo de tenerle, que en la sesión celebrada el 9 de Enero del año siguiente al de su fallecimiento, con ocasión de dar á conocer el que fué su amigo y compañero D. Manuel de Bofarull el discurso que había Piferrer leído en uno de los actos de las oposiciones á la cátedra de Retórica y Poética de este Instituto, titulado: *Historia de las letras españolas reflejada en nuestra bellísima lengua*, se hiciese constar en el acta de dicha sesión: «que la Academia había escuchado con gusto mezclado de dolor la admirable exactitud con que el difunto socio describía los defectos de que habla, y en que incurrieron aquellos escritores, de gran valía por otra parte, en sus respectivos períodos; llorando la pérdida de un joven talento, en cuya producción original, llena de fuego, de tino y de erudición profunda, brillaban aquel estilo peculiar suyo, aquel lenguaje castizo y severo, constante y enérgico, formando gratísimo contraste con los defectos que tan justamente deploraba (1).»

Por fortuna la memoria de nuestro Piferrer no está destinada á desaparecer, á modo de aquellas vagas y fugaces huellas que dejan en la atmósfera los resplandores de esos fenómenos luminosos, que alumbran quizás con desusada intensidad un instante para borrarse repentinamente; antes por el contrario, cual las luces que difunden en el espacio las más apartadas estrellas de nuestro sistema planetario, que brillan con igual fuerza cualquiera que sea la distancia desde donde las miramos, asi dura y como que se afirma más su recuerdo cuanto transcurre más tiempo desde su muerte. Y á la ma-

(1) *Diario de Barcelona*, Febrero de 1849. pág. 702.

nera que nunca son tenidos por extemporáneos los arrebatos de admiración, sobre todo si puesta la mente en su soberano Criador las contemplamos, que su vista nos produce; y por idéntico modo que nadie ha tenido jamás por fuera de tiempo y sazón los merecidos encomios que á los hombres eminentes que dejaron un nombre ilustre en la historia en circunstancias dadas tributamos, espero que en el caso presente no hallaréis fuera de lugar, antes ha de seros grato que, al recordar hoy, al par que el mío, el ingreso de mi antiguo amigo en nuestra Academia, á los testimonios de veneración y cariño que en diferentes ocasiones y por motivos varios le han sido por sus amigos y admiradores tributado, entre los cuales pongo en primer término la necrología escrita en catalán por el eminente crítico D. Juan Sardá, añada en nombre vuestro otro, que á par que de grande honra para él y apropiado para enaltecer más y más su memoria, lo habeis de hallar adecuado al suceso que estamos conmemorando, cual es, recordar á los que ya las hubieseis leído, y darlas á conocer á los que no tengan noticia de ellas, tres como á manera de semblanzas que de Piferrer nos han dejado tres de sus más entusiastas admiradores, es á saber: una escrita poco tiempo después de su fallecimiento, por el que fué durante su vida su íntimo amigo y después de su muerte digno continuador de su obra, *Bellezas y recuerdos de España*, Don José M.ª Quadrado, honra de las letras españolas, en el retrato de inmejorable parecido que nos dejó de él como hombre; otra, en el de no menos exactitud, que más recientemente trazó al juzgarle como escritor por sus obras el eminente crítico y discreto y concienzudo historiador de la Literatura Española del siglo XIX, el Rdo. P. Francisco Blanco García; y la otra más reciente y

(1) La escribió para ser leída en la velada que celebró el 26 de Noviembre de 1884 la Associació Catalanista d' Excursións científicas. Salió por primera vez á luz en la *Ilustració catalana*. y luego formando un folleto de 64 páginas, impreso en la estampa de Fidel Giró.

al parecer más como con buril que con pluma en aurea tabla impresa, por el más genial de nuestros escritores y el más sabio de nuestros literatos; por aquel de quien dice con razón el citado Quadrado que su nombre no sufre adjetivos, nuestro queridísimo amigo Marcelino Menéndez Pelayo; semblanzas que por ser de tan insignes ingenios, serán para vosotros y para cuantos lean este mi humilde trabajo de más precio y sobre todo de más autoridad que si fueran producto de mi desmañada pluma. Por ellas os serán conocidos las dotes morales é intelectuales de Piferrer, como os son conocidos los rasgos de su fisonomía por el retrato, obra del joven pintor belga Gariot, que, trasladado del lápiz al lienzo, figura en la galería de catalanes ilustres en letras, armas y virtudes, por la cual, gracias al celo de nuestro Municipio, pasarán á la posteridad muchos nombres de varones ilustres, que á no ser por ella, no hubieran llegado quizás á la memoria de las generaciones futuras.

He aquí lo que de él escribía Quadrado: «La imaginación de Piferrer tenía el carácter melancólico y grave de los hombres del Norte, pero la fe, con su antorcha, disipaba los nebulosos vapores que pudieran ofuscarla. Era su alma eminentemente cristiana, y no podía dar culto á lo bello y á lo grande sin remontarse á Dios. Su mirada apacible, su frente despejada, su rostro pálido é interesante, en su vida interior enérgico y firme, en el trato social hasta tímido y modesto, prenda que le ganó el aprecio de cuantos le trataron... descubriendo en él un tipo casi no conocido del hombre literato, inspiraba y sentía afectos vivos y constantes, y aunque se quejaba de desengaños y sequedad de corazón, revelábase éste naturalmente afectuoso. Amante noblemente de la gloria, lo era todavía más de la de sus amigos, y no perdía ocasión de sobreponerla á la suya. Consagrado desde su edad primera al sostén de su anciana madre y de una nu-

merosa familia que cifraba en él su apoyo, y aguerrido en las tristes realidades de la vida, eximióse de los locos devaneos y de los dolores luctuosos que agitan á tantas existencias juveniles, y conservaba un no sé que de candoroso. Aunque retraído de la sociedad, su nombre era muy popular y querido de Barcelona, especialmente entre la juventud que le reconocía como su jefe de escuela.»

Ved ahí ahora lo que de Piferrer como literato escribe el P. Blanco García en la obra citada. «Piferrer enarboló la bandera del espiritualismo cristiano, y abarcó en vasta y comprensiva mirada el conjunto de las Bellas Artes, al cual llevaba la elevación y la originalidad que su excelso compatriota Balmes desplegó en el terreno de las ciencias sociales y políticas. Alma enamorada de la belleza ideal, de la que tuvo hambre y sed insaciables, y á cuyo culto consagró fervorosamente los días de una existencia que imitó á la de las flores en lo brillante y en lo fugaz; inteligencia altísima aliada con un corazón donde latía una fibra para cada sentimiento generoso y puro, Piferrer estaba tallado para iniciar una gran restauración, cuyo bosquejo se columbra en sus escritos. Los primeros volúmenes—el de Mallorca y parte del 2.° de Cataluña—de los *Recuerdos y Bellezas de España* anuncian al arqueólogo romántico que vive en comunicación inmediata con la Naturaleza y con la Historia, interpretando su lenguaje con palabras que tienen mucho del ritmo poético, del colorido pictórico y de la nota musical: la *Colección de clásicos españoles* es un modelo apesar de sus modestísimas apariencias, y los *Estudios de crítica* hacen de Piferrer un digno precursor de Milá y Fontanals, que ocupó el puesto de su llorado amigo en las columnas del *Diario* de Barcelona.»

Con ocasión de hablar en el notabilísimo prólogo con que ilustró la edición de las obras de Quadrado, de cómo nació en la mente de Parcerisa la idea de los *Recuerdos y belle-*

zas de España, monumento literario y artístico con quien con razón se envanece nuestra querida patria Cataluña, y por qué pasos vino aquel á confiar, por indicación de Milá, la redacción de su texto á nuestro querido amigo, escribe Menendez Pelayo las siguientes líneas, donde en concisos pero vigorosos rasgos se encuentra retratado Piferrer como poeta, como arqueólogo y como historiador: «La elección fué tan acertada como podía esperarse de quien la hizo, puesto que intuición artística como la de Piferrer, dificilmente podía encontrarse en España. Por raro caso se juntaban en él dotes exquisitas de poeta en verso y prosa, y entendimiento capaz de percibir y apreciar por igual todas las manifestaciones de lo bello, lo mismo en las notas musicales que en la *euritmia* de las piedras. El haber hecho él propio su educación artística, explica y disculpa cualquier defecto técnico, á la vez que aumenta nuestra admiración respecto de aquella manera de ingenio suya penetrante y adivinatoria con que se apodera del sentido general del monumento, y establece su concordancia con la historia y con el paisaje. La vocación del historiador fué en él no menos poderosa que la de entusiasta crítico de arte. Antes de conocer apenas á Barante ni aún á Thierry, ni á otro alguno de los maestros de la historia pintoresca, rivalizó con ellos en las páginas bellísimas, aunque no muy numerosas, que narran la conquista de Mallorca, ó reducen á compendio la embrollada historia de la casa condal de Barcelona, sacándola de la aridez genealógica y diplomática en que el benemérito D. Próspero de Bofarull la había dejado.

«Una muerte prematura, y que debe ser eternamente deplorada, impidió á Piferrer dar otras muestras de su admirable talento descriptivo que los dos tomos de Cataluña—incompleto el segundo—y el de Mallorca, que por diversas causas también está lejos de corresponder á lo vasto del argumento. Pero nadie puede negar que él sacó la obra de cimientos, que

dió la pauta y modelo para las descripciones, creando, por decirlo así, el nuevo estilo arqueológico; que fué el primer *excursionista* y mostró á los demás el camino; que en un proemio inolvidable fijó con alta elocuencia los principios fundamentales de la nueva estética romántica y espiritualista; y por último que enseñó con su ejemplo á enlazar el arte con la historia, y á explicar y completar ambas cosas, la una por la otra, con nueva iluminación del entendimiento y nuevo regalo de la fantasía».

Los dos retratos de nuestro inolvidable amigo como historiador y como artista del P. Blanco y de Menéndez Pelayo que acabais de oir, son cual de mano de maestros, y supongo que habrán hecho en vosotros, como en mí lo hacen cuantas veces leo sus breves pero enérgicos rasgos, más que el efecto de una pintura sobre tela, el de un busto valientemente dibujado y hondamente esculpido en una medalla de bronce. Nombre por tan insignos heraldos preconizado, y por tan autorizadas plumas enaltecido, ¿no os parece que tiene asegurada su duración por dilatadas generaciones en la memoria de los hombres y en las aureas tablas de la historia de las letras españolas?

Escasísimos son los datos del que fué compañero de ingreso de Piferrer y mío en nuestra Academia, D. José María de Mora, que han llegado á mi noticia para que pueda formar cabal juicio de su importancia literaria: que es de suponer que la tendría cuando la llamó aquélla á ocupar uno de sus sillones, si es que además de sus personales dotes de inteligencia y saber en varios ramos de disciplinas literarias, no se propuso honrar en él la ilustre prosapia de los marqueses de Llió, uno de cuyos individuos, del mismo nombre y apellido del que nos ocupa, fué el primer vice-presidente de esta Corporación y autor del importantísimo trabajo rotulado: «Observaciones sobre los principios elementales de la historia» y

de su «Apéndice,» acerca del cual he de llamar vuestra atención más adelante. A juzgar por los temas de dos discursos que leyó en nuestra Academia, el uno con el título de, «Memoria dirigida á dar á conocer el genio y el carácter de las obras del famoso filósofo griego Platôn», y que pudo considerarse como su trabajo de ingreso, pues lo leyó el 30 de marzo de 1844; y con la rúbrica el otro de, «Memoria relativa á la posibilidad de descubrir en los idiomas pertenecientes á las dos familias de lenguas indo-europea y semítica, ciertos elementos de analogía que comprueban la identidad del origen de los mismos,» debieron ser la filosofía y la filología el objeto preferente de sus estudios; como por igual manera se deduce que no sólo á los idiomas griego y latino, si que también debió dedicarse á las lenguas orientales, del tema, por aquellos tiempos acaso nuevo y de fijo poco discutido aún en nuestra patría, sin embargo de haber sido ésta donde por el famoso jesuita Hervás y Panduro se inició la ciencia de las lenguas, que tomó por asunto de la segunda de las citadas memorias, y cuyo desarrollo, si con alguna seriedad debía hacerse, exigía el conocimiento por lo menos, amén de algunas nociones de sanscrito, de los idiomas hebreo y árabe. Y sin embargo, el nombre de nuestro compañero, Don José María de Mora, hubiera acaso desaparecido de la memoria de los hombres, si nuestro amigo D. Antonio de Elías y Molíns, sacando aquellos escritos del olvido en que yacían en nuestro Archivo, no hubiese tenido ocasión de dar á conocer á nuestro antiguo consocio, como autor de ellos, en su «Diccionario biográfico-blibliográfico» que está dando á la luz pública.

¿Quién sabe si una excesiva modestia, que parece haber sido el rasgo característico que domina en no pocos de nuestros más eximios escritores, fué causa de que su nombre, al igual que muchos de aquéllos, hoy apenas conocidos, no pasase á la posteridad y alcanzase una fama póstuma de que

era merecedor por ventura? Si así fuese, sea el tributo de respeto y cariño que hoy le tributamos, modesto pero sincero desagravio del olvido en que hasta este día se le ha tenido, y un homenaje tardío, pero que es de desear que no sea el último, prestado á su memoria.

En cuanto me propuse, Señores Académicos y queridos compañeros, conmemorar el quincuagésimo aniversario de mi ingreso como socio activo en esta docta Corporación, desde aquel punto y hora concebí el proyecto de ofreceros, con tan para mí venturoso motivo, un trabajo literario en quien se juntara, á lo poco conocido del asunto, excepcional importancia en la historia de nuestras letras patrias. Y como hacía tiempo,—y puedo aseguraros que fué desde el de los comienzos de mis estudios,—que acariciaba el propósito, que nunca se me había ofrecido ocasión oportuna de realizar, de sacar del olvido en que yacían el entonces casi desconocido nombre, y sobre todo las obras, en su mayor parte inéditas, de nuestro docto compatricio D. Antonio de Bastero,—ya que en aquellas remotas calendas nadie se había ocupado en éste ni en aquéllas, escepción hecha de nuestro inolvidable amigo Milá y Fontanals (1),—no vacilé un momento en que fuera tema de la ofrenda que había pensado ofreceros, un estudio sobre dicho escritor, á quien no se puede en justicia negar el honroso título de iniciador, en tiempos hoy ya lejanos de nosotros, de los estudios provenzalistas: estudios en nuestros días tan cultivados, y cuyo desenvolvimiento hubiera aquel por ventura anticipado en más de medio siglo, si por causas agenas

(1) Lo hizo en un breve artículo que le dedicó con el título de, *Bastero. filólogo catalán* que salió á luz en el Diario de Barcelona (1856) reimpreso últimamente en el tomo IV, pág. 142 y siguientes de sus «Obras completas.» Barcelona 1892.



á su voluntad no se hubiese visto privado de dar á conocer al mundo sabio la abundantísima colección de las composiciones provenzales por él á fuerza de años y con incansable laboriosidad recogidas, y por su propia mano de los códices de la Biblioteca vaticana copiados.

Movíame además á fijarme en este asunto con preferencia á otro cualquiera que hubiera podido escoger, acaso de más regalo para vuestra atención, y para vuestras aficiones literarias sin duda más interesantes, otra consideración que aunque de carácter puramente personal, espero que la estimareis en vuestra bondad para conmigo merecedora de ser por mí atendida. Tal es la de haber sido el estudio de la antigua poesía de los trovadores el que fué objeto preferente de mis primeras simpatías al pisar con torpe paso aún el campo de las letras; de haber nacido de dicho estudio el deseo, sin disputa en mí y en tan juveniles años harto temerario, de arrancar de sus mudas liras algunos cantares que, aunque rudos y faltos de inspiración, despertasen la memoria, en nuestro país asaz olvidada, de sus en otros tiempos famosísimas y estimadas trovas; y haber sido en suma por generación más ó menos directa fruto de aquel estudio mis pobres rimas catalanas, y entre ellas mi ensayo épico, *Roudor de Llobregat*, á las cuales y especialmente á éste debí el que me franqueasen vuestros indulgentes predecesores las puertas de esta Academia. Y he aquí porque se me imponía, por decirlo así, por tema de mi trabajo—el último quizás que saldrá de mi pluma, dadas mi edad avanzada y la falta de cada día más sensible de vigor en mi mente,—una monografía sobre quien fué el primero que con su *Crusca provenzale* y la lectura de sus colecciones manuscritas de aquellos poetas, que fué seguida al poco tiempo de la de las poesías escogidas de Raynouard, despertó en mí la afición á los susodichos estudios y me puso en camino de emprenderlos con más resolución y aprovecha-

miento; estudios que abandonados más adelante por mí por motivos que dejé consignados en la necrología de nuestro malogrado compañero el citado Milá, y á que se dedicó por entonces éste para aumento de su reputación literaria y provecho de aquella rica literatura, he vueto á reanudar con no poco regocijo de mi espíritu durante la redacción de este escrito; ó sea con el regocijo que se experimenta en recordar los risueños días llenos de flores de la primavera de la vida, cuando se aspiran ya, como á mí me sucede, las heladas brisas y se huellan las marchitas hojas de su invierno.

No era ciertamente un país del todo desconocido y por nadie aún beneficiado en los tiempos en que vivía nuestro compatricio el en que iba éste á penetrar; por más que, una vez hubo puesto en él su planta, fuese quien, dando á sus trabajos una dirección por poquísimos de sus predecesores apenas y sólo en parte iniciados, lograse resultados y cosechase frutos que, de haber podido darlos á conocer en sazón y tiempo oportunos en la abundancia en que los recogió, hubiéranle

(1) Antonio de Bastero y Lledó, canónigo sacristan mayor y examinador sinodal de Gerona, nació por los años de 1675 en Barcelona, en cuya Universidad cursó y se graduo de doctor en filosofía y ambos derechos. El señor Torres Amat, de quien tomamos estos ligeros apuntes biográficos, dice de él que fué insigne poeta, erudito escritor, filósofo, historiador y jurisconsulto habil. Enviado a Roma por el cabildo de aquella catedral para defender ante sus tribunales eclesiásticos un pleito que sostenía dicho cabildo, fué nombrado individuo de la Academia de la Crusca, en la cual tomó el nombre de *Iperides Bacchico*. Quince años permaneció en la capital del Orbe católico que empleó en el estudio de las lenguas provenzal é italiana, y del cual fueron frutos el primer tomo de la que tituló *Crusca provenzale*, que imprimió en dicha ciudad en 1724, y unos treinta volúmenes de manuscritos, que se guardan, parte en el archivo de la Biblioteca de nuestra Academia y parte en la Biblioteca provincial. Murió á la edad de 62 años, poco más ó menos, en Gerona el 23 de Setiembre de 1737. Era hermano del D. Baltasar Bastero, que fué obispo de dicha ciudad.

conquistado en la historia de las letras y en la rama de éstas por él principalmente cultivada, el renombre de que hoy, por desgracia suya y de la patria que le vió nacer, él y ésta carecen, y de que gozan otros que mucho más tarde no hicieron sino seguir el camino por él recorrido.

Por más que otras corrientes—las iniciadas por el renacimiento clásico, cuyos vislumbres se reflejan ya con más ó menos intensidad en el siglo XIV en las inmortales obras de los tres padres y maestros de la poesía y prosa italianos, Dante, Petrarca y Boccacio, pero cuyos resplandores, iluminaban ya de lleno las frentes de los más conspícuos ingenios de la siguiente centuria,—habían impreso nuevos derroteros á las artes y á las letras, eran tan hondas las huellas que en el campo de éstas, gracias á la muchedumbre de sus producciones y á la dilatada duración de su existencia, había dejado la literatura provenzal, que era poco menos que imposible que, á pesar de aquellas nuevas corrientes, no se dedicasen algunos de sus rezagados admiradores á su estudio, ó cuando menos á recoger datos y noticias para que no desapareciese del todo el recuerdo de ella y de sus más renombrados cultivadores, ni quedasen para siempre olvidadas las ricas colecciones de sus versos que se guardaban todavía en el fondo de algunas antiguas bibliotecas. Y así aconteció en efecto.

Si bien á juzgar de los hechos por la marcha y desarrollo que á ellos imprimen las leyes de la historia, no menos que las del pensamiento sujetas á la lógica, podría creerse que había de ser el país comprendido bajo la denominación de Lenguadoc, donde más ricos se conservasen los recuerdos de la literatura que dió ó que recibió,—que en esto no andan acordes los autores,—el nombre de dicha comarca, y donde en mayor abundancia se custodiaran en sus archivos y bibliotecas los monumentos escritos de dicha literatura, sin que pueda afirmarse que aquel hermoso é ilustrado país faltase el

deber que su pasado le imponía de conservar la herencia de gloria que los trovadores, cultivadores de aquella literatura, le habían legado, no fué sin embargo así. Tampoco fué Cataluña, á pesar de ser patria de no pocos y famosísimos trovadores, y de contar en el número de éstos á varios de los más esclarecidos de sus Condes-Reyes, donde más vivo se conservó el recuerdo de sus cantos, ni los códices que los contenían. ¿Debióse por ventura el que fuese debilitándose, hasta casi desaparecer del todo, la memoria de la poesía trovadoresca en las privilegiadas comarcas del mediodía de Francia, á pesar de los esfuerzos hechos por el Consistorio de la Gaya ciencia de Tolosa para prolongar su existencia, á la transformación por que iba pasando su antigua lengua poética, hasta degenerar en los varios dialectos que se hablan hoy en ellas? ¿Debióse acaso en nuestra patria aquel mismo hecho de que fuese apagándose aquí el eco que habían dejado en nuestra historia literaria las canciones y los sirventesios de nuestros Bergadáns, Mataplanas, Vidal de Bezaudún, Serverí de Gerona y otros y otros, al predominio que sobre aquella más antigua poesía fué adquiriendo aquí la escuela tolosano-catalana, sobre todo cuando los inmortales cantos de amor y de muerte del amante de Teresa, vinieron á demostrar, por la fuerza del contraste, lo que había de huero y convencional en las canciones de aquellos sus predecesores, comparadas con sus rimas y estramps, tan impregnados de mística tristeza y tan llenos de sentimiento verdadero, con sus imágenes tan llenas de vida y tan gráficas, con su versificación tan robusta y severa, y ante los cuales parecen frías y triviales, excepto en algunas de sus poesías religiosas, hasta las de sus mismos contemporáneos?

No es de mi incumbencia ni de este lugar resolver estas cuestiones. Baste decir que fué en Italia donde de más antiguo y por mayor número de sus ingenios se dieron á la

estampa noticias y hasta versos de los más célebres poetas provenzales, y en cuyas bibliotecas, sobre todo en las de Roma y Florencia, se guardan los más ricos monumentos escritos que de aquéllos se han conservado; y que allí hubieron de acudir como á las más abundantes fuentes, antes que fuesen conocidos los tesoros literarios que se guardaban en las bibliotecas de París, los primeros que á ese linaje de estudios se dedicaron. Y que era natural que así fuese, explícase fácilmente con sólo parar mientes en que allí acudieron en cuanto empezó á florecer la poesía de los trovadores en Provenza, siendo el regocijo de sus señoriales cortes y objeto de las amorosas preferencias de sus damas, multitud de poetas, tan famosos algunos de ellos, como Pedro Vidal, Gaucelmo Faidit, Rambaldo de Vaqueiras, Folqueto de Románs, Aimerico de Pegullan, y el satírico Guillermo Figueira de Tolosa: que ganados por su ejemplo y enamorados de la lengua provenzal, á la sazón más culta y apropiada para la poesía que la italiana, escribieron en ella sus rimas un gran número de sus vates, tales, entre otros muchos cuyos nombres sería largo citar, como Manfredo Lancia, Pedro de la Caravana, Nicoletto de Turín, Bonifacio Calvo, y los sobre todos famosos el mantuano Sordello, y Lanfranco Cigala, que es tenido por el mejor de los poetas compatriotas suyos: que sobre estas circunstancias está la de no menor peso para explicar aquel hecho, que el Dante, además de hablar con grandes encomios en su libro de *Vulgare eloquio* de la lengua y de la poesía de los trovadores, y de tributar á no pocos de éstos, amigos suyos, elogios superiores tal vez á sus merecimientos,—no sin lamentarse sin embargo de que tan gran número de sus contemporáneos rimase en provenzal en vez de hacerlo en italiano,—inmortalizase á alguno de aquéllos en su famosísimo poema, tales como Bertrán de Born, llamado con razón el Tirteo de aquella poesía (Canto XXVIII del Infierno), Sordello

(Cantos VI y VII del Purgatorio), y el célebre Arnaldo Daniel (Id. Canto XXVI), gran maestro de amor, como le llama Petrarca, y á quien, como muestra del aprecio en que tenía á él y á la lengua en que escribía sus versos, introduce hablando en provenzal en aquellos tercetos tan conocidos y tantas veces citados, que empiezan:

Eu soi Arnaut qi plor e vai cantan, etc.:

que después del autor de la *Divina Comedia*, tuviese en mucha estima los cantos de aquellos maestros en toda vulgar poesía el citado Petrarca, hasta el punto de hacer mención de algunos de ellos,—los que tenía sin duda por los mejores,— en su poema titulado, *Trionfo d' amore*; y en cuyos versos por más ó menos indirecta manera hubo de inspirarse algunas veces, como bastaría á demostrarlo, si otra prueba no tuviésemos, el haber anotado de su propia mano alguno de los códices de rimas provenzales que existen en la Biblioteca Vaticana (1), y en los cuales me he de ocupar más adelante; y en suma que en pleno renacimiento, ó sea á últimos del siglo XV y primera mitad del XVI, el eruditísimo escritor y eximio latinista, émulo de Sadoleto con quien compartió el difícil cargo de secretario de León X, de cuya corte fué oráculo y adorno, el Cardenal Bembo, llamaba la atención de sus contemporáneos sobre la literatura occitánica, gloriándose de haber leído los versos de más de cien de sus poetas, á quienes daba el honroso dictado de maestros y padres de toda poesía que no estuviese escrita en la lengua del Lacio. Pronto veremos surgir á ejemplo suyo, y multiplicarse en las dos centurias

(1) Aunque hoy se pone en duda por varios provenzalistas que hubise sido Petrarca, además de Bembo, quien anotase aquellos códices, me atengo á lo que acerca de esto se lee en la nota puesta en los mismos manuscritos y que firma *Fulvio Ursino*, á quien pertenecieron antes de ser propiedad de la Biblioteca Vaticana.



que median desde los tiempos de aquel celebérrimo humanista hasta los en que daba Bastero á la estampa el tomo de su *Crusca provenzale*, una no interrumpida serie de escritores que continuan los estudios sobre dicha literatura.

No creo hacer ninguna ofensa á la memoria de nuestro compatricio, suponiendo que al ir á Roma para cumplir el honrosísimo y difícil encargo que le confiara el Cabildo de la santa Iglesia gerundense, ó no tenía el menor conocimiento, ó cuando más poseía muy escasas y vagas noticias de aquella rama especial de las letras, en cuyo estudio debia hallar muy pronto, y desde los primeros tiempos de su bien aprovechada estancia en la capital del Orbe católico, apacible solaz y gratísima distracción á sus áridas tareas curiales. Mas aún; hasta me atrevo á sospechar, puesto que no he visto que hiciese mención en sus escritos del poema didáctico de *Los auzels caçadors*, de Daude de Prades (1), que se custodia cual una de las joyas literarias de más precio en el rico archivo de aquella catedral, que no tuvo noticia ni de aquel notabilísimo poema, ni de su autor, cuyo nombre figura no obstante entre los de los más renombrados trovadores, hasta que lo leyó más tarde en los códices de la Biblioteca Vaticana. Ni debe causar extrañeza que así fuese, ni en nada menguaría por ello la fama de que gozó como provenzalista en el mundo literario desde el punto en que salió á luz el tomo primero de su obra, *La Crusca provenzale*, si se toma en cuenta que no hubo por entonces, ni en los tiempos anteriores había habido en España, escepción hecha del Marqués de Santillana, en su famoso «Proemio ó Carta al Condestable de Portugal,» que yacia en aquellas calendas poco menos que desconocida en el fondo de algunos archivos, y hasta quizás del Marqués de Villena, autor

(1) En la *Crusca Provenzale* cita el nombre de este trobador, pero sin mencionar más que las canciones que se hallan en los Códices núms 3.204, 3.205 y 3.208 de la citada Biblioteca. *Op. cit.* pág. 81 y 82.



del *Libro de la Gaya ciencia*, quienes se hubiesen ocupado en el estudio de la poesía de los trovadores.

Habían de transcurrir más de cuatro décadas desde que Bastero inició sus estudios sobre aquella poesía hasta que se ocupase en ella nuestra Academia, que inauguró por tan brillante modo sus tareas literarias con las ya citadas eruditísimas *Observaciones sobre los principios elementales de la Historia*, trabajo de crítica histórica de muchísimo más subido precio de lo que hace esperar lo modesto de su título, y al cual añadió más realce, completándolo en cierta manera, con el que rotuló: *Apéndice al lenguaje romano vulgar* (1), que encierra algunas páginas sobre este interesante tema llenas de escogida y no común erudición y de discretas observaciones, que se leen todavía hoy con gusto y no sin aprovechamiento, después del alto vuelo y de los nuevos rumbos que han tomado en nuestros días los estudios filológicos é histórico-literarios sobre aquella antigua lengua y poesía. Al igual que á nuestra Academia adelantóse también Bastero en sus estudios en algunos años al docto Mayáns y Ciscar en sus *Orígenes de la lengua castellana*, donde reunió cuanto entonces se sabía acerca de tan importante asunto; á Cerdá y Rico en sus curiosas notas al *Canto del Turia* de Gil Polo; al P. Sarmiento en su *Historia de la poesía y poetas españoles*, y al eruditísimo D. Tomás Sánchez, en sus glosas y anotaciones al *Proemio* del susodicho Marqués de Santillana, por él de nuevo sacado á pública luz; quienes fueron los primeros que en nuestro país dieron algunas noticias, no siempre exactas, por punto general incompletas, de varios trovadores provenzales, y más especialmente de algunos poetas de la escuela tolosano-catalana. De todo lo cual se desprende ser de todo punto exacto lo que con su acostumbrado laconismo escribía

(1) *Mem. de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, 1756.

al final de su obra *De los trovadores en España*, nuestro malogrado compañero Milá, es á saber; «que quedó poco menos que olvidado durante algún tiempo, hasta el nombre de aquellos poetas.» Con lo cual se evidencia más cuan injusto sería pretender amenguar la fama de nuestro Bastero por su desconocimiento, si realmente lo tenía antes de ir á Roma, de la antigua poesía provenzal; sino que antes por el contrario resultarían más dignos de loa los esfuerzos por él realizados, su constancia en llevarlos á felices términos, y los resultados por ellos alcanzados, cuanto mayor fuese en nosotros la sospecha de que se lanzó á emprenderlos sin preparación ó con preparación escasa.

Y al llegar á este punto de mi tarea, no tengo que hacer más que hojear las primeras páginas del *Proemio* á su obra tantas veces citada de *La Crusca provenzale*, donde, «aunque anegadas en una insoportable prolijidad», como ha dicho de él Guillermo Schlegel, se encuentran preciosas noticias, observaciones para su tiempo nuevas y no desnudas varias de ellas de fundamento, y sobre todo, datos importantísimos, para estudiar paso por paso los que consideró necesarios dar para llegar al que debía ser, según sus propósitos, terminación y remate de sus nuevos estudios.

Como quien al lanzarse á recorrer un país desconocido, si es que no quiere marchar al azar y exponerse más de una vez á perder el rumbo ó á que le cierren el paso barreras insuperables, recoge antes los documentos necesarios, ó se pone en manos de guias fieles y seguros para que resulte el viaje fácil y logre el objeto por que lo ha emprendido, por igual modo nuestro Bastero al poner los pies en la ciudad

«ú siede il succesor del magior Pietro»

según la frase del Dante que se complace en recordar; al sentirse como instintivamente llamado á emprender aquellos es-

tudios, ó por natural inclinación de su ingenio, ó por la influencia de la atmósfera literaria que se siente en aquella capital, que ha sido siempre soberano asiento de toda cultura artística literaria, y que como terreno preparado al igual que toda la Italia, para recibir la semilla de todo linaje de saberes, harán, sea dicho de paso, que florezcan más tarde y produzcan en ellas abundantísimos frutos en toda clase de disciplinas literarias los privilegiados ingenios de muchos de los jesuitas que, mal aconsejado por el filosofismo enciclopédico, arrojó Carlos III de España, en hora menguada para él y con grave daño de las letras patrias; Bastero, repito, en cuanto pone los pies en la ciudad de los Papas, se siente como encantado de la belleza de su lengua; belleza que despierta desde luego en su mente el deseo de aprenderla, y cuyo estudio, abriendo á su inteligencia horizontes por él hasta entonces desconocidos, le llevará de jornada en jornada hasta el que será remate de sus tareas en el nuevo campo de las letras que debía beneficiar.

El amor á la armoniosa habla italiana, á la cual designa siempre con el calificativo de lengua toscana, le hace tomar la resolución de estudiarla para sí y de darla á conocer á sus compatricios, á cuyo fin forma el propósito de escribir una gramática y un diccionario italianos, explicada aquélla en nuestro idioma, y con las equivalencias catalanas éste; ya que, segun él, carecía á la sazón nuestra literatura, no sólo de una y otra de aquellas obras, sino hasta de una gramática en catalán; siendo como era aquí desconocido el *Donatus provincialis*, en el cual he de ocuprame más adelante, antiquísima gramática provenzal ó catalana, vocablos que él consideraba ya entonces y que consideró siempre como sinónimos. Si por caso fué el primer propósito de Bastero escribir una gramática elemental para uso de los que quisiesen en su patria estudiar en ella los primeros rudimentos de los dos idiomas ita-

liano y catalán, debió, á lo que sospecho, aspirar á convertir aquélla en una especie de preparación á un más profundo estudio de ambos idiomas. Indúceme á creerlo así, en primer lugar, porque no es de presumir que ignorase que existían en nuestra materna lengua varias gramáticas catalano-latinas (1), que podían suplir la catalano-italiana, de cuya falta en nuestra literatura se lamentaba; y en segundo lugar porque, apenas había bosquejado algunos capítulos de la suya, detiénese de repente en su tarea, para arrojarse á estudiar, como medio de ahondar más en su conocimiento, las fuentes y el nacimiento del idioma italiano. A causa de cuyo estudio y del más detenido y completo que hizo poco tiempo después de las poesías de los trovadores, abandonó del todo, dejándola en embrión, la comenzada gramática, bien que sin renunciar á la esperanza, según advierte él mismo, de que pudiese un día terminarla y sacarla á pública luz.

Asi como antes de empezar á escribir su gramática había procurado informarse de cuales eran las mejores y de autores más acreditados que en Italia se conocían, para con más acierto redactar la proyectada suya, por idéntica manera al emprender aquel nuevo estudio, tomó antes nota de los escritores que con más ingenio y mayor copia de datos habían discurrido sobre tan importante tema, á fin de que, siguiendo, por decirlo así, sus pisadas, con más facilidad y acierto pu-

---

(1) Si bien es verdad que no existía á la sazón, como tampoco existe hoy, un diccionario *exclusivamente* italiano,-catalán,—en el quincuelingüe redactado por los Sres. Estrada, Martí, Cortada y Bordas, se encuentran las equivalencias de aquella lengua á la nuestra,—poseía ya nuestra literatura en tiempo de Bastero, entre los que recuerdo y se hallan citados por Torras Amat en su Diccionario, el de *Nebrija ab la correspondencia catalana* (Barcelona 1522); el de Antich Roca, titulado *Lexicon latino-cathalanum ex Nebrissensi castellano latino*; el de Torra (D. Pedro) que lleva la rúbrica de *Dictionarum thessaurus cathalano-latinus verborum et frasium*; y el de Lacavalleria, *Gazophilacium catalano-latinum*.

En cuanto á gramáticas, dejando á parte las de Nebrija, de las cuales es de suponer que existirían varias ediciones anteriores á los tiempos en que floreció Bastero, tengo en mi librería dos que debían serle muy conocidas, es á saber, una compuesta por Genover (D. Antonio) que fue maestro de latinidad en Gerona, y que hubo de imprimirse en dicha ciudad por los años de 1678, y otra de un tal Bernardo Granés, escrita á ultimos del siglo XVI, y de la cual existe una edición hecha en la misma ciudad en 1705

diese llevar á buen término la tarea, en que iba á poner su entendimiento y su pluma. Fueron las primeras obras que al efecto estudió, según él mismo lo declara, las *Prosas* del Cardenal Bembo, y el *Erculano* de Benedicto Varchi, famosísimos uno y otro en la historia de las letras italianas, por cuya lectura vino á fijar una nueva tésis, en la cual afirmóse más y más al ver que podía apoyarla en la autoridad y con los argumentos de una respetable muchedumbre de otros no menos eximios escritores franceses, españoles y sobre todo italianos (1),—en aquel caso los de más peso estos últimos por su número y por el mayor valor de sus afirmaciones,—es á saber «que la lengua toscana estaba compuesta, y era, según el dicho del citado Varchi, *casi hija de dos madres*, ó sea del latín y del provenzal;» y como consecuencia natural y legítima de esta primera afirmación, añadía la de que «los antiguos poetas provenzales, conocidos con el nombre de Trovadores, fueron los padres de las rimas vulgares, y los maestros que enseñaron su uso á los italianos». Un siglo más tarde confirmaba Raynouard la verdad de aquella tesis con el peso de su autoridad en materia de lenguas romanas, por nadie en su tiempo igualada, bien que ampliando, si vale decirlo así, aquella primera afirmación de Bastero, demostrando con gran copia de ejemplos, que con ser mucha la semejanza que tiene el provenzal con la lengua florentina ó toscana, es todavía mayor la que le une con los dialectos italianos, tales como el de Ferrara, el piamontés, el mantuano, el bergamasco, el bolonés, etc. (2).

De dicha primera afirmación pasó de un salto, no ya tan sólo á la de la semejanza ó fraternidad del habla provenzal y de la catalana, sino á la identidad de entrambas, fundándose

---

(1) Véase en el citado *Proemio* la verdadera hueste *(schiera)*, como la llama nuestro Bastero de autores de aquellas diferentes naciones y las declaraciones terminantes y decisivas de todos ellos en favor de aquella tesis.

(2) Raynouard, *Choix des Troubadours*, vol. VI, págs. 335 y siguientes.

principalmente en que las juntó en una sola denominación, la de *Catalán provenzal*, César de Nostradamus (1); como también á dar por cierto,—atento todavía más en esta ocasión á las sugestiones de un patriotismo exagerado, que á la voz de las razones científicas y de los argumentos de hecho, —que «fué el Condado catalán—son sus propias palabras,—quien dió su idioma á Provenza, y no ésta á nuestra comarca; á la manera que la comunicó más tarde á los reinos de Valencia, Mallorca, Menorca y Cerdeña.»

Líbreme Dios de hacer un cargo á Bastero por haber formulado estas dos tesis, insostenibles hoy que, gracias al conocimiento de numerosísimos documentos antiguos escritos en una y otra lengua, y á los progresos y prodigiosos descubrimientos realizados por la filología, han podido resolverse multitud de cuestiones que á la historia del origen y desenvolvimiento sucesivo de las lenguas romanas y á sus mútuas relaciones se refieren. Todavía ocultos é ignorados casi todos aquellos documentos en el fondo de los archivos y bibliotecas, ó tenidos por de ningún precio por los que tenían noticia de su existencia; no nacida aún, y hasta dudándose acaso que pudiese llegar á existir una ciencia de las lenguas, sería tan injusto hacer un cargo á nuestro compatricio de haber formulado las susodichas afirmaciones, y negarle por ello el título de el primero de los provenzalistas de los tiempos modernos, como el de astrónomo á Galileo porque no conoció las leyes de la gravitación universal de Newton.

Y concretándonos desde luego á la primera de dichas afirmaciones, creo que este es el momento de recordar la observación oportunísima de nuestro Milá en su ya citado artículo sobre Bastero, referente al tema que nos ocupa, es á saber: que llevado éste y Raynouard por un entusiasmo ex-

(1) Autor de una *Histoire et chroniques de Provence*. Lyon 1614. Era sobrino de Juan de Nostradamus, el autor de las *Vidas de los trovadores*.

cesivo en favor de la lengua objeto de su estudio, llegó á una conclusión enteramente opuesta al de este famoso provenzalista. «Cuando Bastero, dice, veía una palabra provenzal en otra lengua, era á sus ojos un plagio hecho por los escritores de la última; asi como en igual circunstancia hallaba Raynouard una prueba de que las dos lenguas fueron en su origen una sola. Para Bastero todo es imitación literaria; para aquél todo identidad originaria.» Sobre esta cuestión, valga por lo que valiere mi humilde dictámen, entiendo que así por los defensores como por los contrarios de la tesis del autor de la Gramática y del Léxicon de la lengua romana se ha exagerado el alcance de la misma. Raynouard ha dicho que «hace más de diez siglos existió una lengua, que nacida del latín corrompido, sirvió de tipo común á las lenguas francesa, española, portuguesa é italiana.»—Más de medio siglo antes nuestra Academia, había dejado consignado en el ya citado *Apéndice* «que la lengua vulgar de casi todas las naciones que veneraron al Imperio romano y después al gótico, constituyó un mismo cuerpo de lengua hasta el siglo XI.»—Y luego continuaba diciendo el mencionado escritor. «Ella,—dicha lengua, —conservo *más particularmente,* sus formas primitivas,—lo cual es lo mismo que decir que se conservaron, bien que menos particularmente, en las demás—en el idioma que fué ilustrado por poetas á quienes se dió el nombre de trovadores.» ¿No podría decirse que aconteció con la denominación de romano-vulgar y la formación sucesiva, bien que no simultánea, de las lenguas neo-latinas derivadas de ella, lo que con el nombre de arquitectura románica, la cual habiendo nacido casi con idénticos caracteres y de las mismas causas en la mayor parte de los pueblos cristianos de Europa, al modificarse más adelante por circunstancias y causas locales, sin perder aquel su primitivo nombre, recibió los de lombarda, sajona, franca, asturiana ó catalana al modificarse aquellos

caracteres ó al añadirse á los antiguos algunos nuevos, al ser cultivada en aquellos distintos pueblos?

Como quiera que sea, y téngase ó no por oportuno el símil propuesto, por la importancia que tiene su autoridad en el asunto que nos ocupa, y por la muchedumbre de pruebas de hecho en que funda su parecer acerca del mismo, me inclino al dictamen de Milá, que es por otra parte el de todos ó casi todos los modernos provenzalistas, quien, después de demostrar con citas de la famosa poética de Ramón Vidal de Bezaudún, titulada *La dreita maniera de trobar*, por las cuales aparece que hasta en la comarca conocida con el nombre de Lenguadoc existían variedades, ó llámaseles dialectos, dentro de la «parladura drecha» ó sea «lo dreg provensal (1)», sostiene y declara, «que si bien las estrechas relaciones entre nuestro país y el mediodía de Francia produjeron cierta unidad de lenguaje, esto no fué obstáculo que se formase en Cataluña una variedad muy marcada del mismo, que por la vida propia que alcanzó más tarde, ha podido considerarse como una nueva lengua».

«Desde que asoma, añade, entre el latín bárbaro de los documentos el habla de nuestros mayores, se observan ya formas no provenzales, no sólo en las palabras que sonaban distintas en la pronunciación, sino hasta en el sistema ortográfico, lo cual supone un centro independiente de cultura (2)».

Que de la tesis sostenida por Bastero de la identidad de las dos lenguas catalana y provenzal, hasta el punto de considerar estos dos vocablos como sinónimos, surgiese en su mente y formulase la de ser Cataluña quien comunicase su habla á la Provenza y no ésta á nuestra patria, era tan natural, atendida la índole de los argumentos con que la defendía, que

(1) Milá, *Los trovadores en España*. Obras completas, tomo II, pág. 11, nota 3.
(2) *Los Trovadores*, etc. Ibid. pág. 481 y 482.

apoyados en éstos, sentada la primera, dedujeron de ésta aquella su segunda tesis cuantos después de él se ocuparon en el mismo sujeto; tales, por no citar más ejemplos, como los autores del mencionado *Apéndice* del primer tomo de las *Memorias* de nuestra Academia, los PP. Llampillas y Andrés, y más tarde y arrastrado por la autoridad y el ejemplo de estos doctos jesuitas, el insigne Jovellanos (1). Si, gracias á las conquistas de D. Jaime I y de algunos de sus heróicos sucesores, llevó Cataluña su idioma y su cultura á los reinos de Mallorca, Menorca, Valencia, Murcia y Cerdeña, ¿qué razón podía haber, según Bastero, para que bajo la larga dominación de nuestros Condes en Provenza, no prosperasen y floreciesen en esta comarca los trovadores, por igual manera que prosperó y floreció entre sus habitantes su idioma? ¿Y cómo podía dejar de parecer este argumento histórico de irresistible fuerza á nuestro paisano y á cuantos, á ejemplo suyo se apoyaron en él para sostener aquella misma afirmación, cuando por una parte halagaba su amor patrio y podían por otra apoyarlo y robustecerlo con un sin número de textos de escritores de tanto renombre y autoridad en aquellos días, como Juan Scolástico Pithoni, César Nostradamus, Claudio Fauchet, Antonio Domingo Norcia, Mario Equicola, Francisco Giambullari, y otros, y con cuyas citas podía empedrar nuestro docto paisano las notas del tantas veces citado *Proemio* de su *Crusca* (2)». Y sin embargo la fuerza de dicho argumento, más aparente que real, ó por mejor decir, de pura apariencia, se desvanece, cual la niebla de la mañana á los primeros rayos del sol, á la luz de la crítica histórica, con sólo recordar

(1) Esta poesía (la provenzal), que había nacido en Cataluña, dice este escritor, y pasado de allí al país cuyo nombre tomó, era toda erótica, etc.—*Memoria sobre el Castillo de Bellver. Descripción histórico-artística*. Edic. de Oliva, Barcelona. t. II, pág. 305.—Véase además la carta que acompañó á dicha *Memoria*, notable por los conocimientos que revela en su autor, que se cree ser el mismo Jovellanos, sobre esta materia, entonces en España todavía poco conocida. Pág. 327 á 340.

(2) Pág. 7. § VI

que al llevar nuestros monarcas conquistadores la lengua y la cultura catalanas á los pueblos por ellos arrancados á la dominación agarena y al aceptarlos éstos de buen grado, era porque dichos pueblos se hallaban en un relativo atraso de cultura respecto del nuestro; mientras que al establecer nuestros antiguos Condes su dominación sobre la Provenza y otras comarcas del Mediodía de Francia, á consecuencia primero del matrimonio de Ramón Berenguer el Grande (1112-1131) con D.ª Dulce; por efecto de herencias y pactos de familia más adelante, hallaron ya formada, desde mucho tiempo antes, una lengua rica y sonora, cultivada á la sazón por algunos de los más antiguos trovadores, y al par de ella, y por multitud de circunstancias históricas, que por lo muy conocidas sería poco menos que inútil repetir, un florecimiento poético y una cultura cual no la poseía ninguna otra comarca de Europa, causa y efecto á la vez de dicho florecimiento, á par que de costumbres las más caballerescas, las más galantes, bien que no siempre, por desgracia, las más ajustadas á los preceptos de la moral cristiana, y muchas veces ni á las exigencias del honor y de los respetos humanos.

Asi pues, ni el predominio del habla catalana sobre la provenzal, ni el nacimiento de la poesía de este nombre debe atribuirse al advenimiento de la dominación de los Condes catalanes en las comarcas del sudeste de Francia, por más que sea innegable que coincidió y hasta contribuyó á su mayor desarrollo y florecimiento; como tampoco puede darse como causa de la decadencia y subsiguiente desaparición de aquella habla y de aquella poesía la de aquella dominación y el advenimiento de la de los Capetos en sus diferentes ramas, porque, como afirman los dos hermanos Felipe y Jacobo Giunti, citados por Bastero, el faltarles la sangre real de aquellos Condes, que era lo mismo que verse privados de la leche de que se habían hasta entonces alimentado, era for-

zoso que se extinguiesen también aquéllas. A otras causas bien conocidas de cuantos tienen siquiera sea unas ligeras nociones de la historia de la Edad Media y poseen no más que medianos conocimientos de la poesía occitánica, no á la desaparición de nuestra dominación en aquellas comarcas, débese la rápida decadencia y la muerte de aquella poesía: á la cual, por más que la hiciesen recomendable, como observa Milá, la variedad de sus géneros, la belleza de sus formas y la riqueza del lenguaje; con faltarle, como generalmente le faltó, además del valor moral, la riqueza de ideas, y el moverse en un horizonte menos limitado y más poético del en que por punto general se desenvolvía, llevaba en su seno gérmenes bastantes de descomposición y anemia para por ellos explicar su extinción, después de haber vivido por espacio de tres centurias, casi siempre, por decirlo, así, en una misma atmósfera, y sin haberse por lo común remontado en sus ideales á las elevadas regiones de la verdadera poesía.

Exagerado fué sin duda el entusiasmo con que, cautivada su inteligencia por la autoridad de autores, para él de indisputable saber y talento, pero que habían levantado sus personales opiniones sobre vagos é incompletos conocimientos acerca de las materias objeto de sus especiales estudios, y halagado el sentimiento del amor patrio,—más ardiente por ventura á la sazón en él en cuanto vivía ausente de su país querido,—por textos que parecían escritos á propósito para encender más y más aquel sentimiento y por ende, afirmarle también más y más en sus opiniones, se lanzaba Bastero á sostener afirmaciones que el descubrimiento de nuevas fuentes y una crítica menos apasionada y más trascendental no debían tardar en desacreditar y destruir. ¿Mas quién sabe si aquel mismo exagerado concepto en que tenía la lengua y la poesía patrias, causa de que pusiese una y otra sobre la lengua y la poesía de todos los demás pueblos donde se hablaban idiomas

nacidos del román rústico, no contribuyó por poderosa manera á que se arrojara á descubrir los tesoros de aquella lengua y de aquella poesía, objeto preferente de sus literarias aficiones, cuando no los conocía apenas más que de oídas, y una vez descubiertos, á que le sostuviera y alentara en la larga y trabajosa tarea,—para la cual, si había de llevarla á feliz remate, necesitábase de una laboriosidad y constancia verdaderamente benedictinas,—de trasladar por su propia mano de los antigüos códices en que hallábanse poco menos que desconocidas, millares de poesías de centenares de autores, de muchos de los cuales, gracias á la paciente labor de Nostradamus, narrador no siempre exacto de las vidas de los Trovadores, y de sus traductores italianos Giudici (1) y Crescimbeni, habíanse divulgado lances de amor muy poco edificantes, que no eran para tentar la curiosidad de un eclesiástico á leer sus versos, y menos á darlos á la estampa?

Que aquel su entusiasmo por la lengua y poesía provenzales, acrecentado, si se quiere, por un significativo texto del Cardenal Bembo en favor de aquéllas, fué quien le puso en el empeño de descubrir y sacar de las tinieblas y olvido en que yacían—son palabras de Bastero,—las composiciones de aquellos antiguos padres y maestros de la poesía vulgar, lo revela él mismo en su *Proemio* que, como habreis adivinado por los datos que de él llevo entresacados, tiene todo el carácter, y para el asunto en que me ocupo, todo el interés de una autobiografía. Por él sabemos que el primer paso que dió al indicado objeto fué ponerse en amistosa comunicación con el P. F. Basilio Resseghieri, custodio de la Biblioteca Angélica: que éste le dió á conocer y le facilitó la lectura de la obra, nacida á pública luz en Roma en 1710, del citado Crescimbeni, autor de una *Istoria della poesía volgar,* á la cual aña-

(1) De esta traducción, menos conocida, diremos algo en la última parte de este trabajo.

dió la que rotuló *Comentari*, en cinco volúmenes, que contienen la susodicha traducción de parte del libro del mencionado Nostradamus, con multitud de juicios críticos y rimas de aquellos poetas: obras que fueron para él riquísimo minero de donde sacó copiosísimos tesoros, y por las cuales vino en conocimiento de la existencia, antes por él apenas sospechada, de los varios códices de rimas provenzales que tuvo aquél á la vista para escribir los referidos *Comentarios*. Y así fué que con el estudio de dichas obras, junto con lo que cosechó en las *Consideraciones sobre las Rimas del Petrarca* de Tassoni, autor del hoy casi olvidado poema heróico-cómico de *La Secchia rapita*; en el *Vocabulario* ó *Tabla* de Ubaldini á los versos de Barberini, poeta latino de últimos del siglo XIII y primera mitad del XIV, y en las *Anotaciones* de Redi á su poema de *Bacco in Toscana*, por tal manera fué creciendo el caudal que había empezado á reunir de vocablos provenzales, que dando de mano, como dejé más arriba apuntado, á la proyectada gramática que tenía empezada, concibió ya desde entonces el propósito de formar con aquéllos y otros vocablos que fuese en adelante recogiendo, y con sus equivalentes en el idioma toscano, unos y otros acompañados de ejemplos sacados de los poetas y prosistas de una y otra lengua, un diccionario á tenor del de la Academia de la Crusca, en su última edición; cual el que dió á luz más adelante la Academia Española, llamado de autoridades, y como el que debía componer un siglo más tarde Raynouard con su *Lexique roman:* diccionario que, según él, no podía menos de ser bien recibido, no ya tan sólo por sus compatricios y por cuantos se interesasen por el explendor de la lengua de *oc;* si que también por los italianos, ya que por medio de aquellos ejemplos podrían llegar más fácil y cumplidamente al conocimiento de su loado por todos hermoso idioma: puesto que, según dejó escrito el ya mencionado Varchi, ha-

blando en nombre y apoyado en la autoridad del Cardenal Bembo, es poco menos que imposible entender bien el italiano sin conocer el provenzal: citando para más corroborar este aserto el hecho de que la ciudad de Florencia, madre y nodriza del dulce hablar toscano, á fin de ilustrar á los que desean ahondar en el estudio de este idioma, guarda manuscritos en sus famosas bibliotecas una gramática provenzal,—la llamada *Donatus provincialis*,—un Glosario, un Onomástico, y un Diccionario de la rima de aquella antigua lengua.

En este punto y cuando había comenzado apenas á delinear el plan del trabajo en que iba á poner mano, tuvo que llevar toda su atención y dedicar todo su tiempo al negocio que le había llevado á Roma, puesto que en aquellos días iba el tribunal de la Rota á dar su fallo en la causa que de aquel elevado tribunal tenía pendiente el cabildo de la catedral de Gerona Mas una vez terminada aquélla con sentencia y decreto favorables, pudo ya nuestro paisano, libre la mente de la enojosa pesadumbre de tan largo litigio, y regocijado el ánimo con la victoria alcanzada, emprender con nuevo aliento la comenzada tarea, visitando las más famosas bibliotecas y poniendo á contribución sus más notables códices, así de Roma como de otras ciudades de Italia, en especial de Florencia, de donde sacó, como de abundantísima veta, los riquísimos tesoros de documentos y noticias para el que fué por de pronto el principal objeto de sus tareas, es á saber, la redacción, conforme el plan que se había trazado, del proyectado diccionario provenzal é italiano. Tarea de desempeño por demás arduo y difícil para una persona sola, si debía ser llevada á buen término según la tenía proyectada, y á la cual subordinó y á cuya realización encaminó así los trabajos hasta entonces llevados á cabo, como los que emprendió posteriormente; de tan constante y paciente empeño

los unos, como debían serlo las copias de las composiciones provenzales y de las rimas italianas de los varios manuscritos existentes en las susodichas bibliotecas, y de tanta aridez y de labor no menos paciente los otros, cual á vista de ojos se advierte con solo hojearlos, ó sea la transcripción y reunión en los cuatro abultados volúmenes que rotuló con el nombre italiano de *zibaldoni*—que equivale al nuestro de trozos impresos ó manuscritos de diferentes libros—y que distinguió con los nombres de provenzal, francés, italiano y latino-español, según el idioma en que estaban escritos los documentos y extractos en cada uno de dichos volúmenes contenidos, como de ello podréis convenceros por el corto sumario que me propongo dar más adelante de los mismos.

Debiendo ser la mencionada Crusca provenzal, según el plan que de ella había delineado, y en el que brevemente me ocuparé dentro de poco, una especie, como queda dicho, de diccionario de autoridades, y las composiciones de los trovadores la fuente principal de donde había de sacar los ejemplos que debían constituir la mayor parte de aquéllas, había de ser el estudio más extenso y detenido posibles de aquellos poetas, y la copia de los códices donde se hallaban sus versos reunidos,—códices á la sazón de pocos conocidos y de menos beneficiados,—la indispensable y preferente labor en que se ocupase. De que así lo hizo, y de cuán cumplidamente y con qué perfección llevó á dichoso término tan difícil y larga tarea son testimonio los cinco volúmenes en fólio, escritos de su propia mano y en letra relativamente clara pero apretada, de rimas provenzales, copia de otros tantos volúmenes manuscritos que existían entonces en la Biblioteca Vaticana, y que puso á su disposición con la generosa y discreta benevolencia que ha distinguido en todos tiempos á los ilustrados custodios de aquella famosísima biblioteca, el docto Monseñor Miguel Angel Majela; cuyo nombre, sin duda agradecido

á su bondad, dejó estampado en su *Proemio;* como es de creer que movido de igual sentimiento, estampó en el mismo el del erudito guardador de las riquezas literarias en aquellos días existentes en la renombrada librería de los Médicis en Florencia, Dr. Antonio María Biscioni, á quien debió poder copiar alguno de los manuscritos de la misma, y entre ellos el preciosísimo del *Donatus provincialis*, ya antes de ahora citado. En este nuevo trabajo de nuestro paisano, y que hubiera bastado á hacer inmortal como provenzalista su nombre, poniéndolo por lo menos al igual de los de Raynouard y Díez, como editor de las rimas de los trovadores, si lo hubiese dado á la estampa en tiempo oportuno, ocuparé también vuestra atención dentro de poco.

Llevado de su excesivo entusiasmo por su habla nativa, no le bastaba ya afirmar cual lo hizo, hasta cierto punto como de paso, en las primeras páginas de su *Proemio*, que habíamos los catalanes comunicado por efecto de la dominación de nuestros Condes en Provenza nuestra lengua á sus habitantes, y por ello y por proceder los trovadores de la parte de acá y de allá de los montes de la misma cepa, haber sido éstos los padres y maestros de toda vulgar poesía; sino que afirmándose más y más en este tema, pasa más adelante, ó sea en la que puede considerarse como una segunda parte del citado *Proemio*, no tan solo á dar como cosa demostrada la influencia de la poesía, y sobre todo del habla provenzal sobre la italiana, por el mismo antes de ahora en tantas ocasiones ya pregonada, si que también sobre la francesa, la castellana y la portuguesa, á la cual consideraba como muy parecida al gallego, de quien decía que era *casi un puro provenzalismo*.

Nada más fuera de razón, ó si se quiere más injusto, que hacerle un cargo de que en esta parte de su trabajo, llevado de aquel su entusiasmo por el asunto objeto de sus estudios,

tanto mayor cuanto más se veía llevado á él, como dejo en otra parte indicado, por la autoridad de escritores que la tenían á sus ojos indiscutible, cayese en errores, ó cuando menos en exageraciones que hoy rechaza la crítica; sobre todo cuando, en medio de ellas, se le ve admitir ya cual ciertos hechos y opiniones de que hoy nadie duda, tal como la doble existencia en Francia de un idioma tudesco ó germánico en las comarcas cercanas al Rhin, ó sea en la Austrasia, y en parte de la Neustria, y del llamado romano ó latino rústico nacido de la herrumbre, según la gráfica expresión del historiador Mazerai, citado por Bastero, y de la corrupción de la lengua del Lacio, diversamente fundida y torneada, según el genio de los pueblos y según los idiomas de las diversas provincias á donde había sido llevado aquélla por la conquista romana; tal como la prioridad de origen de la lengua de *oil*, ó francesa, sobre la castellana, de ésta sobre la italiana, y sobre todas ellas de la provenzal; si bien cayendo acerca de ésta en el error en que debía caer más tarde Raynouard, de confundirla ó hacer un solo idioma de ella y del romano rústico.

Bastero, sea dicho en honra suya y de nuestra querida patria, supo en estas materias cuanto era dable saber en su tiempo. Podrá haber sin duda quien, ignorando que en los días en que él escribía, ó no había nacido ó andaba aún en pañales la crítica literaria, y que hallábase también todavía en su infancia la historia literaria de los tiempos medio-evales y modernos, y por nacer la historia comparada de los humanos conocimientos, por vez primera ensayada á últimos del siglo XVIII por el docto jesuita valenciano P. Andrés, en su obra rotulada: *Origen, progresos y estado actual de toda la literatura;* y que por lo tanto no disponía cuando escribía dicho *Proemio* de los innumerables datos, muchos de ellos de inestimable precio, debidos al prodigioso desenvolvimiento que han tenido de más de una centuria y media acá aquel lina-

je de estudios; podrá haber, repito, quien ignorando todo eso haga un cargo á nuestro docto paisano de los errores en que en aquel escrito ha incurrido; pero aún este mismo severo Aristarco, si fijase su atención en la muchísima doctrina que supone la redacción de aquel trabajo; y si además llegase á adivinar, como lo adivinaréis vosotros después que os de á conocer, siquiera sea en brevísimo resumen, los caudales de erudición que contienen, así el tomo impreso de la *Crusca provenzale*, como los muchos manuscritos en que no he de tardar en ocuparme, no podría menos de admirar, al par que su saber, su constancia inquebrantable, hasta rayar en los límites de la tenacidad, en acudir á todas las fuentes por recónditas que fuesen, como pudiese sacar de ellas cualquier noticia por insignificante que fuera con tal que sirviese para esclarecer ó confirmar sus asertos, y su laboriosidad incansable y que no se daba nunca por vencida hasta llegar al término de sus investigaciones: gracias á cuyas condiciones de carácter, que son como el sello por quien se distinguen en general de los de nuestros días los grandes investigadores en todo género de disciplinas históricas y literarias de las dos últimas centurias, logró Bastero hacerse dueño de cuanto se sabía á la sazón acerca del origen y desenvolvimiento de las lenguas neo-latinas, y de la historia literaria de los diferentes pueblos donde aquellas lenguas se hablan.

Permitidme, Señores, que me detenga breves momentos en esta parte de mi trabajo, ya que por lo que en ella os diga ha de resultar más interesante la figura literaria de nuestro sabio compatricio y más dignos de vuestra admiración sus trabajos.

Desde luego aparecerá de nuevo, bajo el punto de vista en que voy á presentarlo á vuestra consideración, cual el primer provenzalista en orden de prioridad de los tiempos modernos después de los de Italia, de varios de los cuales desde el Cardenal

Bembo hasta Crescimbeni os dí algunas noticias antes de ahora; y cual precursor inmediato del famosísimo y sobre todo encarecimiento laboriosísimo Mr. La Curne de Sainte-Palaye (1697-1781) (1), centro y como porta-estandarte de aquel grupo de entusiastas amadores de la poesía trobadoresca y diligentes coleccionistas de sus composiciones, á saber: Enrique de Thomassin Señor de Massanges, José de Segres Marqués de Caumont, José de Bimard Barón de la Bastie (2), y otros de menos importancia á los cuales se adelantó muy pocos años (3). Por ellos, y sobre todo por el primero, que tuvo la fortuna que le fué negada á nuestro paisano, de que sus trabajos fuesen más tarde conocidos y por todos los modernos provenzalistas más ó menos beneficiados, á par que se abrió el camino en la nación vecina al estudio de aquella poesía, se acumularon y dieron á luz verdaderos tesoros de noticias y documentos con que se estimuló y facilitó dicho estudio á los que se dedicaron á él después de aquellos; el primero de los cuales fué Millot, quien dió á la estampa en 1774, ó sea medio siglo después de la publicación de la *Crusca,* la titulada, *Historia literaria de los Trobadores,* compuesta sobre los manuscritos del citado Sainte-Palaye, de cuya obra dice, no sin exageración á mi entender Restori, que la escribió sin conocer una sílaba del provenzal. Más tarde, y anticipándose á ellos en más de una centuria, á Sismondi, Raynouard, Rochegude, Furiel y Tastú, por quien fueron conocidos entre nosotros, los poetas cata-

---

(1) Dejó más de cien volúmenes en fólio M. SS. que existen hoy, parte en la Biblioteca Nacional y parte en la del Arsenal de París, que contenían, además de los materiales para un *Glosario francés*, del cual vió la luz pública, viviendo él, un tomo y cuya impresión se continuó en 1875, quince volúmenes de poesías provenzales, copiados de códices franceses y de casi todos cuantos existían en su tiempo en las bibliotecas de Roma, Florencia, Milán y Módena.

(2) Acerca de estos provenzalistas, V. los curiosos artículos publicados por BAUQUIER en la *Revue des langues romaines* 1880, Serie III, tomos 17 y 18.

(3) *La Crusca provenzale* fué conocida por el Marques de Caumont en 1734, y por Sainte-Palaye en 1737.

lano-provenzales, y los pertenecientes á la escuela catalano-tolosana que figuran en el *Cançoner de obres enamorades* de París, y entre otros varios á los más recientes provenzalistas Chabaneau y Paul Meyer en Francia; en Alemania á los Schlegel (Guillermo), Díez, Bartsch, Delius, Mahn y otros; y en España, en algunos años también á nuestra querida Academia; en algo más al docto jesuita P. Joaquín Pla (1745-1816), á quien califica Tiraboschi de «el más docto y profundo políglota que se encuentra en Italia, y de versadísimo en el idioma provenzal (1)»; y en más de siglo y medio á nuestro doctísimo compañero, el autor del incomparable y verdaderamente aureo libro de *Los Trovadores en España*, Milá, y al que, sino en doctrina sólida y en profundo sentido crítico, le iguala en amor á la literatura trovadoresca, el laboriosísimo escritor é inspirado poeta, compañero también nuestro, D. Víctor Balaguer. Enaltécele además de aquel honroso dictado,—y bajo ese nuevo concepto me permito también recomendarlo á vuestro aprecio,—el haber sido uno de los iniciadores, siquiera fuese en modestísima esfera, de la historia de la literatura comparada, ya que se pueden, no sin fundamento, considerar como un esbozo de ella sus esfuerzos para demostrar la influencia de la lengua, y en más reducido horizonte de la poesía catalano-provenzal, sobre las de los pueblos donde se hablan los idiomas neo-latinos.

Si bien los comienzos y los primeros y en su principio ya gigantescos pasos de los grandes trabajos de erudición en el campo de la historia datan en general de la segunda mitad del siglo XVII, siendo sus iniciadores en Francia Du Cange,

(1) Además de haber traducido al italiano varias poesías provenzales, que se insertaron en la obra de Juan María Barbieri, titulada *Dell' origene de la poesia rimata* (1790), compuso el que rotuló: *Vocabulario manual de las voces más difíciles de la antigua lengua provenzal, traducidas al idioma español, italiano y latino.* V. TORRES AMAT. *Diccionario de AA. catalanes.* Art. Pla (P. Joaquín) y MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de las ideas estéticas en España*, Tomo III, vol. II. y *La ciencia española*, tomo III, pág. 273.



Natal Alexandre y en especial los Monjes Benedictinos de la Congregación de San Mauro, y de cuya inteligente laboriosidad y sorprendentes conocimientos en las dos ramas de historia profana y sagrada pueden considerarse como émulos en Bélgica, dentro del seno de la Compañía de Jesús los Bollandistas, sin embargo los más sorprendentes trabajos de aquel género relativos á la historia literaria de los pueblos latinos,—excepción hecha de los llevados á cabo en España por el doctísimo bibliógrafo Nicolás Antonio,—no nacieron ni se desarrollaron hasta la siguiente centuria; en cuya segunda mitad sobre todo alcanzaron un florecimiento asombroso, y dieron frutos sólo comparables en abundancia y utilidad á los que en nuestro siglo, sobre todo en Francia, Alemania é Inglaterra, han producido en el terreno de las ciencias históricas los estudios orientalistas.

No he de recordaros á vosotros, señores Académicos, que sois maestros en aquella clase de saberes, y que procurais seguir las huellas de los doctos fundadores de nuestra querida Corporación, quienes con las que modestamente titularon: *Observaciones sobre los principios elementales de la Historia*, antes de ahora ya citadas, pusieron los macizos fundamentos del edificio que, dedicado á dicha ciencia, debíamos levantar sus sucesores; no he de recordaros, repito, ni los trabajos que salieron á luz pública en aquellos tiempos de pasmosa fecundidad intelectual, ni los nombres de los doctos cuanto humildes varones que más se distinguieron y más parte tomaron en ellos. Me permitiré únicamente traer á vuestra memoria, limitándome á los estudios relativos al tema que nos ocupa, que en Francia no empezaron á ser conocidos y vulgarizados entre los aficionados á dichos estudios los inmensos tesoros literarios, así los relativos á la lengua de *oil*, como los de la lengua de *oc*,—de quienes se tenían únicamente escasas y vagas noticias, salvo las divul-

gadas por Fauchet, del cual he de hablaros más adelante,— sino por mutilados datos y fragmentos que aparecían en obras hoy de todo punto olvidadas, hasta que los mencionados Benedictinos de San Mauro, y en nombre suyo los eximios Dom Rivet, Duclou, Poncet y Colomb, pusieron los primeros sillares en 1733 al monumental edificio de la *Historia literaria de Francia*, dando á la estampa desde aquel año hasta el de 1750 los nueve primeros tomos de ella. En éstos y en los siguientes hasta el XIII vieron la luz pública, arrancados del polvo de los archivos donde yacían casi todos ellos desconocidos, los más viejos monumentos literarios de la lengua francesa. En los tomos siguientes hasta el XXV, que llega á últimos del siglo XIV, y cuya redacción desde el mencionado tomo XIII, por haber sido suprimida aquella Orden por la Revolución, corrió á cargo de una Comisión del Instituto de Francia, enciérranse cuantas riquezas literarias escritas en francés y provenzal desde el origen de ambas lenguas hasta dicho siglo fué posible salvar del olvido en que corrían peligro de perderse. Chateaubriand dedica algunos párrafos en alto grado elocuentes á enaltecer aquella Orden que cuenta entre sus miembros varones tan preclaros y de tan alto renombre como los Mabillón, los Martene, los Montfaucón, los Ruinart, los Bouquet, los Vaissete, los Calmet y otros muchos á quienes debe Francia una gran parte, y no las de menos precio, de sus glorias literarias. Permitidme asociarme á sus elogios á dicha Orden en estos momentos en que os hablo de aquella Historia literaria, que es uno de los más bellos florones de su rica literatura; como lo es igualmente de sus gloriosos anales la colección de los historiadores de las Galias y de Francia, que comenzó á dar á luz aquella misma Orden en 1738, con la rúbrica de *Rerum gallicarum et francicarum scriptores;* arsenal inagotable de donde han sacado los preciosos materiales, no siempre

con la debida buena fe beneficiados, para sus obras históricas á las cuales deben la fama de que gozan, los Thierry, los Guizot, los Michelet, los de Barante, los Martín y otros muchos.

¡Notabilísimo contraste y más digno de ser tomado en cuenta de lo que lo es por los que desean y deben aprovecharse de las enseñanzas de la historia! Mientras que aquélla y otras órdenes monásticas levantaban al verdadero saber monumentos más duraderos que el bronce, y que son y serán todavía por muchos años objeto de admiración y materia de estudio de los verdaderos sabios, un grupo de pseudo-filósofos y de falsificadores de la historia alzaban otro á que daban el pretencioso título de: *Enciclopedia ó Diccionario razonado de las ciencias, de las artes y de los oficios*, acerca de la cual escribía Voltaire á Diderot, principal autor de la misma: «Vuestra obra es una Babel: en ella andan confundidos lo bueno y lo malo, lo verdadero y lo falso, lo grave y lo ligero. Hay artículos de quienes se diría que están redactados por un loco, y otros por sacristanes; en ella se pasa de los más audaces atrevimientos á las vulgaridades más insípidas, etc.» Podrían añadirse al contraste mencionado, otros no menos dignos de perenne recuerdo é instructivos cual es, por ejemplo, el que ofrece aquella congregación religiosa esforzándose en salvar los documentos históricos y literarios existentes en los archivos y bibliotecas, así públicas como de comunidades monásticas y de particulares, y su publicación por medio de esmeradas copias de los mismos, y la destrucción de un sin número de aquéllos decretada por la Asamblea nacional, al autorizar en 13 de Junio de 1792 (1) por decreto especial á los municipios de los departamentos á quemar los títulos de

(1) «Era el día en que «la Razón, decía desde la tribuna Condorcet, quema al pie de la estátua de Luis XIV los inmensos volúmenes que atestiguan la vanidad de esta casta (la nobleza.)»— El 22 de Febrero de 1793 se dió orden para que fuesen quemados en la *Place des Piques* trescientos cuarenta y siete volúmenes y treinta y nueve cajones de manuscritos.

nobleza que existían en los archivos. Más sobre todas las calumnias que pueden inventar la ignorancia y la impiedad para negar ó poner siquiera en duda los inmensos servicios hechos á las letras y á las ciencias, así en la nación vecina como en todos los pueblos de Europa, por las órdenes religiosas desde su fundación hasta nuestros días, está el testimonio unánime de todos los sabios que los reconocen y los ponen en el alto puesto que merecen. Y cerrando en este punto este corto paréntesis, que espero que me perdonareis en gracia del objeto que lo ha motivado, vuelvo ya de nuevo al interrumpido tema.

Que privado nuestro erudito compatricio de los abundantísimos cuanto preciosos datos que aquel inmenso repertorio de documentos literarios hubiera podido proporcionarle, si hubiesen salido á luz antes que escribiese su *Proemio*, al lanzarse á resolver los problemas que al redactarlo debían salirle al paso, no podía hacerlo con el acierto y exactitud que la crítica exige hoy á los que á su resolución se arrojan, es tan obvio que no hay por que detenerse en demostrarlo. Mas si le fueron desconocidos aquellos tesoros literarios, ni le fué dado sacar de aquel inagotable arsenal de datos históricos y literarios los materiales con que hubiera podido levantar, al nivel de los que alzaron los que vinieron al mundo de las letras después de él, el monumento que se había propuesto dedicar á la lengua y á la poesía de los trovadores, nadie podrá acusarle de que no pusiese de su parte todo el ingenio y el trabajo necesarios para que saliese aquél lo más acabado y perfecto que fuese posible: como así lo demuestra, además de las varias citas que hace de textos de escritores de la nación vecina, la observación que hace, en son de amarga queja, de que en las historias y crónicas francesas se encuentran muchas actas y fragmentos de poetas provenzales tan mal copiados, que más parecen escritos en lengua de *oil* que en la de los trovadores; citando á este propósito los versos que pone el Dante en

boca de Arnaldo Daniel á quienes hice alusión más arriba, que aparecen escritos en varios autores como si hubiesen sido compuestos por algún trovero.

Respecto de España, nadie que posea los más rudimentarios conocimientos en su historia literaria, en especial respecto de la poesía, extrañará que los que de ella tenía Bastero no llegasen más allá de Juan de Mena, puesto que no se tuvo noticia de los notabilísimos antiguos monumentos que de ella se conservaban, hasta que los dió á luz á fines de la anterior centuria el eruditísimo y afortunado investigador Don Tomás Sánchez en su sobre toda ponderación interesantísima colección de las obras poéticas anteriores al siglo XV, y cuyas anotaciones al *Proemio ó Carta del marqués de Santillana*, son, por el tiempo en que fueron escritas, una gallardísima y preciosa muestra de erudición literaria. Sin embargo,—y esto demuestra una vez más que no perdonaba diligencia ninguna cuando se trataba de ahondar en su tema favorito de la influencia del habla provenzal en la de los pueblos latinos—enmienda la plana á Argote de Molina (1), cuando al hablar éste del poeta Macías supone que compuso sus versos en lengua portuguesa y que en ella se escribían en general las coplas hasta el reinado de Enrique III, sosteniendo que no fué en aquel idioma, sino en el gallego, cuya semejanza con el portugués sin embargo reconoce; y sabe y afirma que Alfonso el Sabio, versificó en aquel dialecto, escribiendo en él (2) los «Loores y Milagros de la Virgen», de cuya obra copió, sacándolos de la de los Bollandos (3), en uno de los volúmenes que

(1) *Nobleza de Andalucia*, pág. 273.—Sevilla. 1588.

(2) No sin extrañeza se ve á Amador de los Rios (nota 2. pág. 503, t. III de su *Historia de la literatura española*). tan diligente por punto en general en sus investigaciones y en sus noticias tan exacto y hasta á veces minucioso, afirmar que el P. Daniel Papebroquio en su vida de S. Fernando, cayó en el error de suponer las cántigas de D. Alfonso escritas en castellano, (veteris linguæ castellanæ), cuando por el contrario escribe estas textuales palabras: «Sunt autem illa (cántica) descripta Rhytmo non Castellano, sed Callaico sive Gallecco.»

(3) *Acta vitæ Sancti Ferdinandi*. t. IV, Mensis Maii. págs. 116 á 121.



tituló *zibaldoni* en que he de ocuparme muy pronto, dos fragmentos donde se refieren dos de aquellos milagros.

Si las opiniones de Bastero, en lo que á la lengua y á la poesía provenzales atañe, pueden, como dejamos indicado, unas por erróneas, otras por exageradas ser por la crítica rechazadas ó reducidas á más racionales términos, no habrá en cambio Aristarco, por descontentadizo que sea, que no se sienta movido á mostrarse más benévolo con él en sus fallos, si, además de tomar en cuenta el estado de atraso en que en su tiempo se hallaban los estudios provenzalistas, se hace cargo de la ímproba labor,—por desgracia suya y de esos mismos estudios poco beneficiada ó del todo perdida,—que para su adelantamiento y para que fuese tenida en mayor estima se impuso, y en la que por espacio de unos quince años perseveró con inquebrantable constancia.

Nuestro ilustrado compatricio pertenecía, Señores, á esa numerosísima falange de laboriosos é inteligentes eruditos,—timbre glorioso de su época y que debería ser motivo de emulación para la nuestra,—verdaderos mineros, como los apellida Chateaubriand, de la inteligencia, que extrajeron del polvo de los archivos inapreciables caudales de todo linaje de saberes, con quienes labraron su reputación desde el principio de este siglo no pocos de los literatos é historiadores que son orgullo del mismo, habiéndole cabido la triste suerte que de los por él reunidos sólo una mínima parte sea conocida, mientras que los demás yacen y yacerán para siempre,—¡mal pecado!—ocultos y sin ser beneficiados.

Mo hay provenzalista de los tiempos modernos, ó sea desde los primeros años de esta centuria, que no conozca y no cite con más ó menos encomio su *Crusca*, única obra, y aún ésta escrita en italiano, que dió á la estampa en 1724 en Roma; pero si hubo por ventura algunos que hubiesen adivinado, por indicios que da él mismo de ello en dicha obra, que han debido quedar inéditos algunos otros trabajos suyos, tal vez ninguno de ellos fuera de Cataluña sabe á ciencia cierta la abundante riqueza que de aquéllos existe. A darlos á conocer á propios y extraños dentro de los límites que la índole de este escrito me impone, va encaminada, señores Académicos, esta parte del mismo. Sea pues aquella obra, única suya que ha podido ser leída y juzgada por los que no han tenido la suerte que á nosotros nos ha cabido de poder conocer sus trabajos manuscritos, la primera en que nos ocupemos.

Raynouard la citó como una de las más preciadas fuentes para el estudio de los trovadores. Después de él habló de dicho libro, sin duda por vez primera en Alemania, donde, como observa Restori (1), debían dar tan abundantes frutos las semillas sembradas por aquel eximio provenzalista y por el autor del *Parnase occitanien,* Rochegude, el eminentísimo crítico Guillermo Schlegel (2), quien le dedica las siguientes líneas, citadas por Milá en el tantas veces mencionado artículo sobre Bastero: «Entre todos los literatos que hasta el presente,—ó sea hasta la publicación de las obras de Raynouard,—podíamos consultar acerca de la literatura provenzal, —nótese que Millot había dado á luz algunos años antes, su *Historia literaria de los Trovadores*,—Bastero era sin duda el más entendido como gramático y filólogo. Tenía la ventaja de ser catalán, y al parecer entre todas las provincias en que

---

(1) *Litteratura provenzale*, pág. 13.

(2) *Observaciones sobre la lengua y poesía provenzal*. V. Vapereau. *Dictionaire des litteratures*.

en otro tiempo se habló la lengua de los trovadores, en Cataluña se alteró menos que en los demás puntos. Bastero tuvo ocasión de estudiar los manuscritos del Vaticano y luego los de Florencia, pero el plan de su obra, escrita en italiano, está mal concebido. No se ve bien si quiso tratar de la historia literaria de los trovadores, ó publicar sus obras, ó componer una gramática ó un diccionario de su lengua. De suerte que esta obra ha quedado incompleta y el autor no pasó mucho más adelante del prólogo, que contiene preciosas noticias, aunque anegadas en una insoportable proligidad.» Coincidiendo en parte con el eminente crítico alemán, Restori califica de «arbitrario el plan con que compuso Bastero su libro, al cual considera sin embargo digno de ser recomendado.» Ni era posible, por más que apreciasen, como en efecto lo hicieron, á nuestro docto paisano aquellos críticos, que formasen otro concepto de su libro. Distinto hubo de ser, y lo fué en efecto, el que nos dejó de él Milá, quien examinó y benefició para su monumental obra de «Los Trovadores en España» la rica colección de sus manuscritos. «Bastero, dice, dirigió sus esfuerzos á probar la influencia de la lengua provenzal en la toscana. El mismo título que adoptó para su obra indica que la consideraba principalmente como un complemento al gran Diccionario de la Crusca. Así es que en efecto el tomo publicado sólo debe considerarse como una introducción al Glosario, donde por medio de la comparación de textos provenzales y toscanos probaba ó intentaba probar lo que la última lengua había tomado de la primera. Compréndese de esta suerte como el volúmen publicado contiene una introducción general donde se amontonan las citas para probar que los catalanes fueron padres de la poesía provenzal y ésta madre de todas las modernas, un índice biográfico de los trovadores, un catálogo de obras provenzales, un tratado de ortografía y prosodia comparados entre el provenzal y el italiano, y final-

mente un índice del futuro diccionario, que inserta para llamar la atención sobre el cuerpo de la obra y por la desconfianza de que llegara ésta á publicarse.»

Si para el objeto que se proponía nuestro docto amigo en aquel su artículo bastábale el brevísimo sumario, ó por mejor decir, reducida tabla de las materias que encierra la obra de Bastero, que no era otro que llamar la atención sobre un escritor catalán de quien aún el nombre era desconocido hasta de los que se tienen á sí mismos por entusiastas admiradores de nuestras glorias literarias, cúmpleme á mí que me he propuesto la tarea, más grata cuanto más ahondo en ella, de retratarlo, por decirlo así, de cuerpo entero, detenerme algo más en el examen de un libro con quien, permitidme que lo recuerde, se enlazan en mi fantasía las memorias de los primeros pasos de mi carrera literaria; ya que de él saqué los escasos datos que acerca del Consistorio del Gay saber tolosano publiqué, allá por los años de 1841, en las notas de la primera edición de mis versos catalanes; de un libro que á pesar de no ser más que el vestíbulo, y aún como tal no terminado, de un monumento en proyecto cuya grandeza é importancia puede hoy únicamente apreciarse por los materiales por su autor reunidos para levantarlo, es sin embargo digno de detenido estudio.

Desde luego llama la atención lo extenso del *Proemio*, que conoceis ya por las muchas é interesantes referencias que á él llevo hechas, y que ocupa setenta páginas de las ciento setenta y dos de que consta el volúmen. ¿No basta y sobra este dato para adivinar, aún cuando su autor no hubiese hecho repetidísimas veces en el texto de su obra alusión á trabajos y hasta á materiales que tenía preparados para la publicación de nuevos volúmenes, que si daba vestíbulo tan extenso al edificio era porque se prometía darle cuerpo proporcionado si lograba dejar terminado la comenzada labor de éste?

Siguen al *Proemio* los que apellida Milá un índice biográfico de los trovadores y un catálogo de obras provenzales, por ventura con la no debida exactitud, ó cuando menos por tan conciso modo que, quien no conoce la obra de Bastero, no puede formar un concepto claro de lo que son uno y otro, ni mucho menos apreciar su importancia, á pesar de tenerla no escasa, por los datos biográficos y bibliográficos que contienen, algunos de éstos sumamente curiosos y del todo ignorados.

El catálago ó índice de los poetas provenzales de la que llama edad de oro, abraza los que florecieron desde principios del siglo XI hasta últimos del XV. Lo cual debe traeros á la memoria lo que en otro lugar dejo ya apuntado, es á saber, que para Bastero la edad de oro de la lengua y poesía provenzales se extiende hasta que empieza la decadencia de una y otra, ó sea según él, en el mediodía de Francia con la dominación en ella de la casa de Anjou y la consiguiente influencia de la lengua de *oil* sobre la de *oc;* y en España con la unión de las dos coronas Castellana y Aragonesa y el predominio del habla de Castilla sobre la nuestra. Y he aquí como señalando tan dilatados límites á la susodicha edad de aquella poesía, hubo de dar entrada en su catálogo á poetas que no se hallan nombrados ni en Nostradamus, ni en los Comentarios de Crescimbeni, ni en ninguna de las obras de sus precursores; y porque no se leen tampoco sus nombres en la larga lista de trovadores de Raynouard, á pesar de ser el citado catálogo de nuestro autor al que acude siempre que publica alguna poesía ó fragmento de los trovadores en aquél contenidos. Y es que para éste los verdaderos trovadores dejan de existir en cuanto deja de florecer la poesía á que dieron nombre, á últimos del siglo XIII, ó sea algunos años antes de la creación del famoso Consistorio tolosano en 1323. Así, pongo por caso, brillan en el catálogo de Bastero los nom-

bres de los poetas que figuran como mantenedores en aquella Academia, y otros para nosotros tan conocidos, como Moss. Jordi, Ausias March y Jaime Roig, que en Raynouard no se hallan siquiera mencionados: siendo muy de notar que se encuentre en este caso Ramón Llull que escribió no pocos de sus versos dentro de la época de la verdadera poesía trovadoresca. Y si bien, como muy atinadamente advierte Milá, por su lengua provincial y por la originalidad de su ingenio no debe contarse entre aquellos antiguos poetas, paréceme no obstante que por esta misma originalidad, condición poco común entre aquéllos, y por estar por su importancia literaria é histórica muy por encima de los más célebres de ellos, bien merecía, siquiera fuese como excepción ó por muy especial privilegio, un honroso lugar en la rica colección de aquel provenzalista.

Y aquí viene muy al caso recordar la acusación, ciertamente no infundada, hecha por Mr. J. Tastú, de haber los escritores franceses,—y sobre todo el citado Mr. Raynouard contra quien va principalmente aquélla encaminada,—ó de ignorancia ó de haber prestado poca atención, si tenían noticia de ellas, á nuestras riquezas literarias. «Los que debían darlas á conocer, dice en carta dirigida á D. Felix Torres Amat (Junio de 1834) (1), con ocasión de remitirle sus primeras notas para su Diccionario, no han acertado á comprenderlas, y de ahí el abandono en que las han dejado. Vos mismo sois testigo de ello: Mr. Raynouard, èl sabio Mr. Raynouard, en sus gramáticas se ha complacido (s' est amusé) á comparar la lengua romana al castellano, al portugués, al italiano, sin dedicar siquiera un pequeño recuerdo á mis buenos

(1) Prólogo del *Dic. de AA. cat.* págs. XVIII y XIX, nota 1.—Tastú sostuvo con aquel famoso provenzalista desde 1833 hasta su muerte (1837) una frecuente é interesante correspondencia, gracias á la cual pudo conocer más á fondo la lengua catalana, dándole por lo tanto en su *Lexique* un lugar preferente entre las lenguas romanas. Ingrato sin embargo con Tastú, que fué hasta cierto punto su colaborador en dicha obra, no le nombra ni una sola vez en ella. —V. *Notice sur la vie et les travaux de Mr. Joseph Tastú*, par Amadée Pajés.



abuelos. Mas—os lo aseguro,—yo repararé el olvido. Me propongo con mi catalán aclarar las oscuridades del provenzal, de la lengua de *oc* y de la lengua de *oil*...» etc. A Mr. Tastú como os decía hace poco, debemos los catalanes las primeras noticias de la existencia del llamado *Cançoner de obres enamorades*, que se conserva en la Biblioteca nacional de París, y el haber podido conocer y estimar, gracias á los abundantes fragmentos por él remitidos y publicados en dicho Diccionario, á los poetas catalanes que figuran en aquél por sus versos. Tastú que me honró con su amistad en uno de los viajes que hizo á esta ciudad, allá sobre los años de 1840, y que me dejó como grato recuerdo de ella dos facsímiles de otras tantas poesías de Moss. Jordi que se hallan en el mencionado *Cancionero*, era uno de esos roselloneses, como más tarde lo fueron los dos Puiggarí, Francisco y Antonio, tío y sobrino, y Mr. Alart; como lo son hoy Mr. Pepratx, Pajés y la numerosa pléyada de poetas que versifican en nuestra lengua, para quienes el Tratado de los Pirineos de 1653 pudo haber arrancado de Cataluña aquel pedazo de tierra que era suya, ó más bien donde vivíamos amándonos como hermanos y hablando la misma lengua catalanes y roselloneses, pero que no logró, ni logrará en mucho tiempo borrar del corazón de éstos el amor á las que fueron la patria y el habla de sus padres.

La omisión del catalán en el estudio comparativo que de las susodichas lenguas romanas hacía en 1821 aquel eximio provenzalista, y que hería el sentimiento patriótico de Tastú, es todavía más difícil de explicar cuando se recuerda lo que de nuestro idioma escribía en aquel mismo año en el prólogo del tomo VI de su Colección de las poesías de los Trovadores. «El catalán, dice en él, es de todos los idiomas pertenecientes á la lengua romana, el que más se le acerca, aun tal vez sin exceptuar el idioma de los Valdenses...» «El catalán es desde hace tiempo una lengua formada, que tiene sus gramáticas

y sus diccionarios, y que posee además multitud de libros impresos y un número considerable de obras manuscritas...» «Lo he dicho y creo deber repetirlo; el catalán es un idioma regular, que está sujeto á formas constantes y que ocupa un lugar honroso en la opinión de los sabios que estudian el mecanismo de las lenguas y de las formas que las caracterizan.»

Y volviendo ya al examen del catálogo de los trovadores en que estábamos ocupándonos, no parece sino que su autor se propuso desagraviar al habla y á la poesía catalanas del olvido en que al parecer se les tenía ya en su tiempo, sobre todo fuera de Italia, por los pocos que á la sazón más ó menos directamente dedicábanse al estudio de las literaturas é idiomas romano-vulgares, y en que sé las tuvo más tarde por aquél y otros provenzalistas franceses. Con ser dicho catálogo,—según la mente y el plan que al bosquejarlo hubo de proponerse Bastero—un descarnado inventario de poetas provenzales, de muchos de los cuales entre los 184 que contiene, se limita á citar los nombres, detiénese como por especial excepción y con marcada complacencia en amontonar datos históricos y noticias bibliográficas acerca de los poetas catalanes, tales como Alfonso I y Pedro IV de Aragón, Ausias March, Raimundo Llull, y sobre todo acerca la constitución, leyes y reglamentos del Consistorio de la Gaya ciencia de Tolosa, que marca una nueva época en la historia de la poesía de la lengua de *oc:* institución tratada con sobrado desdén por los que la juzgan tan sólo por los menguados y desabridos frutos que dió en las comarcas donde más había florecido la poesía de los trovadores, pero digna de ser tenida en más aprecio en cuanto dió origen en la parte de acá de los Pirineos á la llamada escuela tolosano-catalana, á quien le cabe la gloria de haber producido, entre otros poetas dignos algunos de ellos de más fama de la que gozan, al que es el príncipe de los del si-

glo xv, por lo genial y el sentido profundamente ético de sus rimas, el extrenuo caballero Ausias March.

Respecto del llamado por Milá catálogo de obras provenzales y que lleva en el libro que nos ocupa la rúbrica de: «*Tavola dell' abbreviature per ordine alfabeto dove si da conto delle qualitá degli Autori, o Libri citati par entro l' opera, é dove si ritrovino, e chi ne sieno i Padroni*,» es digno del estudio de los bibliófilos por contener una gran muchedumbre de noticias acerca de obras impresas y bastante raras unas, manuscritas y poco menos que desconocidas otras, con indicación de las bibliotecas donde se encuentran; noticias que podrían servir para esclarecer y completar la historia de nuestra literatura el día,—que quiera Dios que llegue pronto,—en que alguno de nuestros catalanistas, sintiéndose con los soberanos alientos que tan difícil empresa exige, se resuelva á ensayarlos poniendo su mente y su mano en la realización de la misma. En esta parte de su obra es donde estampa su autor un fragmento del *Donatus provincialis* en su tiempo muy poco conocido, escrito por un tal Hugo Faiditz, y que con el título de *Donatz provensalz* dió á la estampa por primera vez en 1840, junto con la titulada, *Rasós de trovar* de Vidal de Bezaudun Mr. Guessard, con el título de: *Grammaires romanes inedites;* y de las cuales se hizo una nueva edición en 1858.

Con el modesto rótulo de «Preliminares acerca de la naturaleza y cualidad de las letras del abecedario toscano y provenzal, y de la relación y semejanza que entre ellos existen», ofrece Bastero en su *Crusca* á sus leyentes lo que es un verdadero y razonado tratado de ortografía de ambos idiomas, donde con abundancia de ejemplos traídos al caso para dar á conocer el valor de cada una de las letras de uno y otro abecedario, se demuestra, así el valor y sonido propio de cada una de ellas, como la substitución, harto frecuente en los có-

dices antiguos, de unas letras por otras; hasta el punto de haber podido afirmar en su *Proemio* (1),» ser pésima y sobre toda ponderación confusa la ortografía de los escritores antiguos, y por todo extremo varia é inconstante», según lo demuestra en el mismo tratado que nos ocupa, á propósito del uso de la x. Observación que, al igual de otras que en aquél emite, y que aplica á veces á nuestra antigua lengua catalana, lo propio que las pocas, autorizadas con sendos ejemplos que se leen al final de la *Gramática romana* de Raynouard, y de las que sobre dicho idioma se han escrito posteriormente á aquélla, deberían ser objeto de detenido examen por los que se dedican entre nosotros, no siempre por desgracia con la preparación debida, á los estudios ortográficos y de cuyos estudios, doloroso es tener que consignarlo, por fundar sus sistemas unos casi exclusivamente en la imitación de los antiguos, y en las leyes de la fonética otros, en vez de haber salido el orden y la uniformidad por todos deseada, ha brotado el desorden más anárquico y el más desaforado desconcierto. Nuestro llorado compañero Milá, cuya autoridad en materias linguistas es de todos reconocida, al apuntar en su artículo tantas veces citado que se hallan en esa parte del libro de Bastero «indicaciones utilísimas de que no se hizo el debido caso, y algunas de las cuales son para él un título de gloria, como por ejemplo el haber sido el primero que en una gramática de Hugo Faiditz,—que no es otra que el llamado *Donatus provincialis* á que acabo de hacer referencia, —descubrió la célebre regla de la *s* (2) que tanto nombre ha dado en nuestros días á Raynouard, de quien se creía haberla antes que nadie revelado. Sabido es actualmente, sigue diciendo nuestro sabio amigo, que la ausencia de la *s* indica el nominativo plural en ciertos casos,

(1) Pág. 27.
(2) *Grammaire romane*, pág. 8 y 25 y siguientes.

así como su presencia en él el singular: regla que se extiende al francés antiguo, y aunque interesantísima por referirse á un resto de declinación conservado en el origen de las lenguas modernas y necesaria para la inteligencia de los textos, ha sido trascordada hasta el punto de que el sabio Fleury diese como una prueba de barbarie en los antiguos escritos franceses, una supuesta confusión de singular y plural» (1).

Al susodicho tratado de ortografía, cuyo título de *Preliminares* parece indicar que estaba destinado por su autor á servir de introducción ó al Diccionario toscano provenzal, que como en otro lugar queda indicado, tenía en gran parte dispuesto para dar á la estampa, ó á la rica colección de poesías provenzales copiadas de los Códices de Biblioteca Vaticana, que es de suponer que tendría proyectado dar también á la luz pública,—ya que para uno y otro trabajo puede servir como de preparación y puerta de ingreso,—sigue «un catálogo de la mayor parte de las voces provenzales usadas por los

(1) *Obras completas* de MANUEL MILÁ, loc. cit. He aquí el pasaje del *Donatus* á que se hace referencia en el texto: «Li cas son seis: Nominatius, Genitius, Datius, Acusatius, Vocatius, » Ablatius. Lo Nominatius se conois per lo, si com: Lo Reis es venguts. Genitius per de, si com: » Aquest destrier es del Rei. Datius per a, si com: Mena lo destrier al Rei. Acusatius per lo, si » cum: Eu vel lo Rey armat. E non se pot conosser, ni triar (distinguir) l' acusatius del nomi» natiu, sinó que per ço, que 'l nominatius singulars quan es masculis vol S en la fi, e li altri cas » nol' volen. E l' nominatius plurals nol' vol; é tuit li autre cas volenlo en lo plural. Pero lo vo» catius deu semblar lo nominatius en totas las dizióś que fenissen en ors, e en las altras di» cións queu's diré aici: Deus, Reys, francs, pros, bos, cavaliers, cançós, etc. Pero de la regla » on fo dit dessus, que l' nominatius cas no vol S en la fi quan es pluralis numeri, voilh traire » fors tots los feminis que non es dit mas solamen dels masculis, e del neutris, que son sem» blan el plural per totz locs, si tot es contra gramática. (Esto es, contra la regla de la gramá» tica latina). E lai on so dit del nominatiu singular que vol S per tot a la fi, voilh traire fors tots » aquels que fenissen en aire, li Emparaire, amaire: E en eire, si cum Peire, etc. E en ire, si » cum traíre (traidor), consentire (el que consiente). Mas albires (guardador, observador, esti» mador) vol S, e consires (pensativo), e desires (deseoso). E de la regla del nominatiu singu» lar que vol S a la fi voilh encara traire fors alpestre, etc. e tots los ajectius neutris quan son » pausat sens sustantiu, si cum: Mal m' es, greu m' es, fer m' es, esquiu m' es, estranh m' es » qu' el aja dit mal de mí. E voilh en traire fors encara dels pronoms alcus, si cum: Eu, tu, el » qui, aquel, ilh, cel, aicel, aquest, nostre, vostre, que no volen S en la fi, e son del nominatiu » singular.» Lo propio, añade Bastero, enseña Ramón Vidal de Bezaudun en su Arte de la poesía provenzal, MS. de la susodicha biblioteca (ó sea la Laurenciana de Florencia). Véanse en su *Crusca*, páginas 140 y 141 los muchos ejemplos con que ilustra y confirma las reglas del *Donatus*.

escritores toscanos», con indicación, por medio de un asterisco, de las que no se encuentran en el Diccionario de la Academia de la Crusca. Como es fácil suponer, dada la índole distinta de este catálogo y del mencionado diccionario toscano-provenzal, ni se encuentran en él todos los vocablos que se leen en el *Catálogo*, ni todas las voces de este hállanse continuadas en el diccionario. En dicho catálogo, con que termina el libro impreso de la *Crusca*, es donde, á par que repite lo que había dejado consignado en dos ó tres puntos distintos de este libro, es á saber, que tenía dispuestos para dar á la estampa el segundo y tercer volumen de aquella obra, declara que no le es posible, disponer su impresión *por falta de dinero*. Revelación que aflige el ánimo de quien la lee pensando en la tristeza de que debía hallarse poseído el de Bastero ante la desconsoladora idea de que, por no tener un puñado de oro ó un generoso Mecenas que supliese con el suyo el que á él le faltaba, debía esterelizarse en el olvido el fruto de tantos años de trabajo, sin dejar más fama de su nombre que la poca que le diese el libro incompleto que estaba dando á luz, y perderse acaso para siempre para el habla y la literatura catalanas las riquezas de erudición y de poesía que á fuerza de tantas fatigas había acumulado.

Y aquella desconsoladora idea que suponemos que debía apenar el ánimo de nuestro docto y poco afortunado paisano al estamparla en las últimas páginas del tomo impreso de su *Crusca*, es la que llena de tristeza y de hondo abatimiento el del que ve delante de sí los treinta volúmenes,—más bien más que menos—que dejó manuscritos; abatimiento y tristeza que hace más amarga la pena mayor que puede un escritor experimentar, y que por fortuna no llegó á sentir Bastero,

cual es el extravío de parte de los tesoros que dejó inéditos, y unida á ella la pérdida de toda esperanza, que por dicha suya pudo todavía abrigar, de que alguien con el tiempo los sacase á la luz pública, en vez de tener la desconsoladora certeza de que podría algun día escribirse, como fallo sin apelación, ó más bien como epitafio en losa de un sepulcro, aquellas tristes palabras, por desgracia sobrado verdaderas, con que refiriéndose á sus manuscritos puso fin Milá á su tan repetidas veces citado artículo sobre Bastero; es á saber: «que si bien aún en el día merecerían un examen detenido y serio, la publicidad entera de sus escritos sería ahora inoportuna y hasta cierto punto inútil.»

Ved, pues, Señores, como aunque tardío el acto que estamos hoy celebrando es, á par que un homenaje debido á la memoria de nuestro compatricio, un acto de debida reparación y justo desagravio por el olvido en que hasta ahora se le había tenido á él y á sus obras, y un tributo de agradecimiento por haberse propuesto enriquecer nuestra literatura, siquiera no le hubiese sido dado realizarlo, con otras dos ó sea, con la continuación de su Diccionario toscano-provenzal y con la publicación de sus colecciones de poesías de los trovadores; de inestimable precio éstas, sobre todo en los días en que hubiera podido darlas á luz, ya que por ellas, me complazco en repetirlo, adelantándose á Raynouard en un siglo,—dado que las riquísimas colecciones de Mr. La Curne de Sainte-Palaye debían permanecer también por algún tiempo inéditas,—se le hubiera podido proclamar con justicia el primer provenzalista, fuera de Italia, de los tiempos modernos: dictado honrosísimo que de justicia le corresponde por más que, por no haber dado á la estampa sus escritos, no le hubiese sido dado iniciar el movimiento que preparó el Abate Millot dando á conocer parte de los manuscritos del mencionado La Curne de Sainte-Palaye, y que inauguró por brillante modo y con trabajos que

harán imperecedera la fama de su nombre el mencionado Mr. Raynouard, padre y maestro, dígase lo que se quiera, de los provenzalistas contemporáneos.

En tres grupos principales se dividen los manuscritos que existen inéditos de Bastero, es á saber, en veinte y nueve cuadernos en folio, algunos de ellos bastante abultados, que contienen los materiales para la formación del Diccionario toscano-provenzal; en cinco tomos de copias de poesías provenzales, trasladadas de otros tantos códices, que llevan los números de 3204 á 3208, ambos inclusive, de la Biblioteca Vaticana, y en cuatro volúmenes en el mismo tamaño y que son los que llevan la rúbrica, según antes de ahora dejé indicado, de *zibaldoni*, cuya equivalencia en castellano queda en otra parte apuntada.

Milá da como existentes en la época en que escribía su artículo sobre Bastero, además de varios papeles sueltos, y entre otros, los que forman las adiciones á la parte impresa de la Crusca y tres volúmenes de Misceláneas, de los cuatro que supone que hubieron de existir antes, y que si eran realmente distintos de los *zibaldoni*, lo cual tengo por muy dudoso, han debido extraviarse; una gramática italiana, hoy desaparecida, y una historia de la lengua catalana, que se halla en igual caso, y que es sin duda la que lleva en el catálogo de MSS. de la Biblioteca Provincial el título de: *Controversia sobre la perfecció y origen de la llengua catalana*, que debe ser la misma á que alude en el párrafo XVI del *Proemio*: y cuyo estravío ó desaparición es más digna de lamentar, ya por ser el primer trabajo que se había hecho sobre tan importante sugeto, ya porque atendida la costumbre de nuestro autor de apoyar todos los datos en que funda sus afirmaciones, y de robustecer y afirmar éstas en la autoridad de cuantos escritores han tratado más ó menos directamente del asunto en que se ocupa, hubiera debido ser un apro-

vechado estudio de fuentes para los que se dedican entre nuestros catalanistas á ese género de conocimientos (1).

---

(1) Los manuscritos de Bastero pasaron por disposición de éste, según Torres Amat, á poder de su hermano D. Baltasar, Obispo de Gerona, quien debió, según parece, legarlos al Rdo. P. Maestro Izquierdo, superior del convento de Agustinos de Barcelona, en cuya biblioteca hubieron de conservarse hasta que, á consecuencia de la revolución del año de 1835, de funesta memoria, al formarse con los despojos de las comunidades religiosas la Biblioteca llamada antes de San Juan, y hoy Provincial universitaria, por circunstancias que no es del caso explicar, dividiéronse aquellos manuscritos, quedando parte de los mismos en dicha Biblioteca, y pasando otra parte al Archivo de nuestra Academia.

He aquí como se encuentran distribuídos:

En la Biblioteca provincial: quince cuadernos en folio con cubierta de cartón del Diccionario toscano-provenzal, que abrazan, unas veces en borrador, otras en borrador y en una segunda copia, dispuesta casi para ser entregada á la imprenta, las letras B, C, D, E, F, G, H, I, P, Q, R, S, T.

Un volúmen, el provenzal, de los cuatro titulados *zibaldoni*, encuadernado en pergamino.

Un volúmen de composiciones provenzales, copia de parte del códice 3204 y de todo el códice 3205, que se hallan en la Biblioteca Vaticana.

Dos id. en cuarto, con igual encuadernación, con listas de nombres italianos y provenzales, que hubieron tal vez de servir como de apuntes para la formación del Diccionario. No tienen ninguna importancia.

En el Archivo de la Academia existen catorce cuadernos, algunos que pueden considerarse como verdaderos volúmenes, que contienen, unas veces también en borrados, pero las más de ellas en segundas y muy esmeradas copias, las letras siguientes: A, B, C, D, G, I, M, O, T, V, U, Z. Los cuadernos de letras repetidas de los cuadernos de la Biblioteca, son casi siempre segundas copias de aquéllos, lo que hace que los manuscritos de nuestro Archivo tengan más importancia y sean más estimables que los de aquélla.

Cuatro volúmenes con cubierta de cartón de poesías provenzales, copia de los códices número 3204 (de éste tan sólo una parte), 3206, 3207 y 3208 de la Biblioteca Vaticana.

Tres volúmenes, dos de ellos abultadísimos, en folio y encuadernados en pergamino, de *zibaldoni*, y son los denominados italiano, francés y latino-castellano.

Además de estos manuscritos existieron en poder del mencionado P. Izquierdo, la copia sacada por Bastero del có lice del *Donatus provincialis*, que existía en su tiempo en la biblioteca Médica de Florencia, «La controversia sobre la perfecció» etc., de que se habla en el texto, y el original de unas *Observaciones sobre la Crusca provenzale* escritas por D. Juan Torres y Oliva, de que hace mención Torres Amat en su Diccionario.

Este cita en en el mismo otro Bastero (D. José) sobrino de D. Antonio y de D. Baltasar, del cual dice que escribió varias disertaciones é ilustraciones á la *Crusca*. Si así fuese, tendríamos que lamentar también la pérdida de esos trabajos.

Además de estos manuscritos referentes á la poesía trovaderesca y á la lengua provenzal é italiana, puedo adicionar este catálogo de las obras que dejó inéditas nuestro sabio compatricio con otras dos que dan testimonio de su espíritu investigador y de su laboriosidad incansable, y que posee mi erudito amigo D. Emilio Grahit, rotuladas la una: «*Llibre mestre de las Rentas, Drets y Patronats y altres prerrogativas de la Sacristia Major de la Seu de Girona.*— Fet per lo Sacristá Major D. Anton de Bastero.» Y la otra, que lleva la rúbrica de: *Gerundensis Eleemosinæ Panis.* Copia: *Per extensum omnium Instrumentorum et jurium in Actis produstis et datis in sumariis*, etc. Tomo XI. Empieza con una «*Taula dels Actes é Instruments contenguts en lo present tom.* XI.» Sigue luego la copia y extracto de documentos, sin distinción especial. En folio menor de 271 hojas. Tiene intercalados varios impresos conteniendo fallos ó decisiones concernientes á la llamada *Almoina del pa de la Seu*, de la cual

Ya por haber sido el de componer un diccionario toscano-provenzal el primer propósito,—después de renunciar al de escribir su proyectada gramática,—en cuya realizacion ocupóse con preferencia nuestro sabio compatricio, y la tarea á que daba más importancia hasta el punto de subordinar á ella y hacerla como centro de cuantos trabajos y estudios emprendió más adelante; ya por ser más crecido el número de manuscritos que dejó, por los cuales pudo dar como terminado y casi á punto de entregar á la estampa aquel trabajo, he creído deber empezar por ellos el brevísimo sumario en que por pocos instantes voy á ocuparos.

De dicho diccionario puede desde luego decirse que por no haber acudido al más natural y cómodo sistema de escribirlo en cuartillas ó papeletas, que es el que se usa hoy para la más pronta y fácil ejecución de esta clase de obras, lo hizo en dos veces. De ahí el de que cada letra existan dos ó más cuadernos, uno empedrado de enmiendas y adiciones,—éstas casi siempre en papeles sueltos,—formando un primer borrador, en varios puntos poco menos que ininteligibles; y otro que es copia del primero de letra más clara, con escasas correcciones y dispuesto al parecer para darlo á la estampa. Así pudo afirmar Bastero que tenía dos tomos preparados para sacarlos á la luz pública. Sin embargo, aun en éstos se notan algunos vacíos, pero que hubiera sido sumamente fácil llenar. Por fortuna, de los cuadernos que guarda en su archivo nuestra Academia la mayor parte, casi la totalidad, son segundas copias, al paso que, por adverso hado para ella, son borradores el más crecido número de los que existen en la Biblioteca universitaria.

---

era administrador el Sacristán Mayor de aquella catedral, fundada por Arnaldo de Escala en Marzo de 1228, y que fué el asunto que llevó á Bastero á Roma. Deben existir, según parece, otros varios tomos de documentos, iguales al mencionado, cuyo paradero se ignora.

Indicamos del de Bastero que era como un Diccionario de autoridades, con lo cual queda dicho que la mayor parte de los vocablos van acompañados en una y otra lengua provenzal y toscana, y en sus diversas acepciones, de numerosos ejemplos, que á par que ilustran el texto hacen más amena su lectura; con tanta más razón cuanto que, siendo conocidas á Bastero muchas de las obras así en verso como en prosa de nuestra literatura, se encuentra el leyente á cada paso con trozos de nuestros viejos cronistas y de nuestros poetas, sobre todo de Jaime Roig, por cuyo libro de las *Donas*, que conoció por un manuscrito del mismo que existe en la Biblioteca Vaticana, parece haber tenido marcadas preferencias. Vocablos hay, como pongo por caso, los que se refieren á formas ó géneros poéticos, tales como Canzone, Cobbola (cobla), Danza, Motto (motz), Sistina, Soneto, Tenzone, etc., ó á personas como Mugavero (almogaver), Jogolare, Donna, Drutz, Arnese, Bataglia, de que por su extensión, ó semejan á veces fragmentos entresacados y escogidos de una antigua arte de trovar, ó artículos de un diccionario histórico; por donde se puede apreciar lo vasto del saber, y lo escogido y vario de la erudición de Bastero, que era en realidad sorprendente. Bajo este punto de vista, lleva harta ventaja la *Crusca* de éste el *Lexique Roman* de Raynouard, por más que no pueda sostener ni de lejos comparación con él ni en lo extenso del plan, de carácter más científico, ni en el número de sus vocablos, dado que abarca todos los de que se compone ó se conocen en aquella lengua; al paso que el diccionario de aquél, únicamente contiene, á tenor del fin á que iba encaminado, las del idioma italiano que tienen su equivalente en la provenzal. Creo sin embargo que los manuscritos de nuestro laboriosísimo compatriota, merecen ser estudiados y podrían ser beneficiados con provecho no escaso por los que trabajan ó trabajasen en adelante en la interesante y laudabilísima labor

de dotar de un buen diccionario nuestro renacimiento literario.

Cinco son, como os decía hace poco, los volúmenes de copias de poesías provenzales correspondientes á otros tantos códices de la Biblioteca Vaticana, cuya numeración queda también más arriba indicada. Pone espanto, Señores, el considerar la enorme cantidad de tiempo, el derroche, permítaseme el vocablo, de paciencia y de constancia que supone el trasladar verso por verso, composición por composición millares de éstas, poco variadas en sus asuntos, ricas de alusiones á hechos hoy ignorados, escritos en una lengua desaparecida, llena de palabras, no siempre de fácil inteligencia, sobre todo en los comienzos de su estudio, y en caracteres de difícil lectura, y cuya dificultad aumenta el estar escritos los versos cual si fuesen prosa; sobre todo cuando, como lo hizo Bastero y se echa de ver en cuanto se pasan los ojos por sus manuscritos, haciendo de ello caso de conciencia, ó si se quiere llamarla de honradez literaria, se pone especial empeño en que sea la copia lo más fiel y correcta posible. Guardo entre mis papeles un tomo de poesías copiadas por mi propia mano de la rica colección de Raynouard á fin de adiestrarme en el conocimiento de la lengua de los trovadores. Aquel trabajo no supone ni una quincuagésima parte de la difícil y enojosa tarea que se impuso en la que nos ocupa nuestro laboriosísimo paisano; y no obstante hoy me admiro de que, á pesar de mis juveniles entusiasmos por la poesía de los trovadores, hubiese tenido paciencia para realizarlo. ¡Qué contraste entre el de Bastero, obligado á trasladar por sí mismo aquellos códices, y el de Raynouard, al cual le fueron conocidos por copias que mandó sacar M. Amatí, bibliotecario del Vaticano, con los fac-símiles de la escritura de los mismos (1), por encargo del embajador de Francia

(1) RAYNOUARD, *Choix,des poesies des Troubadours: Vol.* II, *introductión. pág. CLXII.*



en Roma el conde de Blacas, descendiente, según parece, del famoso trovador de este mismo apellido de quien dice su biógrafo que «plac li tuich aquels faich per qu' om bons a pretz é valor», y que «ans no fo hom á qui tant plagues prendre com a lui donar:» contraste que sube de punto cuando se recuerda que el escritor francés alcanzó del monarca una subvención para dar á la estampa hasta seis tomos, que son los de que consta su Colección de poesías provenzales, su Gramática de la lengua romana y la Gramática comparada de las lenguas de la Europa latina; mientras que nuestro Bastero debió emprender y llevar á término la dilatadísima y ruda labor en que debió emplear no pocos años, no tan sólo sin esperanza, sino con la seguridad, por demás desconsoladora y capaz de hacer desistir de su empeño toda voluntad que no estuviese, cual la suya, sostenida por el amor á una lengua y á una poesía que consideraba, según en otra ocasión os decía, como glorias catalanas, de que ni á éstas ni á su fama póstuma debía aprovechar el fruto de labor tan ímproba. Y al exponer estos hechos, no es en manera alguna mi ánimo menoscabar en lo más mínimo la importancia literaria de Raynouard y el alto valor de sus obras,—admirador como he sido desde mi juventud y seré siempre de aquel y de éstas, en las cuales aprendí á entender y amar á los trovadores,—para poner á Bastero en más elevado puesto del que le corresponde, que es de bastantes peldaños inferior al que aquél ocupa, sino para que al apreciar la labor de éste, se tome en cuenta la distancia que va de ir á la prosecución de un mismo fin por caminos llanos y limpios de malezas, ó por senderos estrechos, pedregosos y erizados de obstáculos.

En cuanto á la manera como procedió, ó sea á las reglas á que se ajustó en la copia de los mencionados códices, nos las señala él mismo en el apartado del *Proemio* á que hice antes de ahora referencia, donde, dando como cosa averiguada que

la ortografía de los antiguos era pésima, hablando de la dificultad de leer las copias antiguas de las poesías provenzales, y de su propósito de ponerlas en más clara ortografía, saliendo al paso al reparo que por ventura pudiera hacérsele de que con esto alterase los textos, añadía: «Mas no por esto crean los amadores de la veneranda antigüedad que haya en manera alguna faltado á la fidelidad y legalidad de los códices y viejos textos, ya que no he hecho más que poner á ellos las comas, añadir los acentos y los apóstrofes, separar los artículos de los nombres, etc.,—que es lo mismo que hizo más tarde Raynouard,—como se puede ver cotejando mis copias con los originales; al paso que de todas las composiciones cito puntualmente los números, las páginas, colunas, y demás datos que estimo convenientes; habiendo en esta parte puesto más atención que otros muchos que me han precedido en esta tarea. Y hasta á veces he copiado algunas poesías ó ejemplos de éstas tal como están escritas, sin añadirles ni una coma y sin hacer en ellas la más pequeña alteración, á fin de que pueda ver el curioso lector la ortografía de aquel tiempo.» (1)

Precede á cada uno de los tomos manuscritos de Bastero una breve descripción del códice á que se refiere, escrito en su lengua nativa; que á fuer de catalán de puro abolengo es la que usa siempre que no se ve obligado á emplear el italiano ó la de los documentos que transcribe. Así la que se lee al frente del relativo al códice número 3204, trasladada literalmente al castellano, es como sigue: «Tiene las cubiertas de cartón grueso, revestido de pergamino pintado ó barnizado de verde, con las armas doradas de Paulo V, que son una águila y un dragón, las cuales están al centro de una de las caras de las cubiertas, ostentando en la otra cara las de su sobrino, el cual sería el Bibliotecario; y no se diferencian sino en que

(1) *Proemio*. pág. 21. § XVI.

las del Papa tienen las llaves y la tiara, y las del sobrino el capelo. En el lomo y entre costilla y costilla alternan el águila y dragón, dorados una y otro».

En la hoja en blanco que está pegada por la parte de dentro á las cubiertas, hay escrita en carácter de letra moderna la siguiente nota: *Poesie di cento venti Poeti Provenzali tocco nelle margini di mano del Petrarca* (1) *e del Bembo, in pergamino in folio. Ful. Ors.:* abreviatura de Fulvio Orsini; lo que da lugar á sospechar, según Raynouard, que la citada nota fué escrita por el mismo Orsini, á quien por ventura había el códice pertenecido (2).

»Muchas de las letras iniciales, continúa diciendo Bastero, de las primeras canciones de los poetas son doradas y con figuras en miniatura fina. Las letras de cada estancia son de color azul unas, encarnadas otras y adornadas también de miniaturas, y los nombres de los poetas y sus vidas están en letras encarnadas. En cada página hay dos colunas, pero no está escrito cada verso línea por línea, pues sólo se encuentran al principio de la línea y á manera de aparte las estancias; bien es verdad que en cada verso hay punto, empezando siempre todos con letra grande.»

Este códice se halla hoy en la Biblioteca nacional de Francia. ¿Cuándo pasó allí? Es probable que fuese en la época de la dominación Napoleónica, la cual no contenta con arrebatar á los pueblos vencidos su independencia, les despojaba de sus riquezas literarias y artísticas. Ello es que ya á principios de este siglo debía estar tan olvidada su procedencia

(1) Véase la nota 1 de la pág. 28.

(2) Lo que apunta Raynouard como una conjetura, lo da ya como cosa cierta el mismo Bastero en la larga nota ó advertencia que precede á su copia del Códice 3206, que dice así, vertido del catalán en que aquélla está escrita, al castellano: «La sobredicha abreviatura (Ful. Ors.) significa Fulvio Orsini. Y es que este códice, como todos los demás que hay en este armario, anotados con ese nombre, pertenecieron al mencionado Fulvio, el cual fué Canónigo de San Pedro, y según se cree, un bastardo de la casa de los Orsinis de Roma, varón muy docto y aficionado á las cosas antiguas, y que reunió muchos manuscritos y códices, que después de su muerte compró la Cámara.»

que Raynouard lo supone copia no completa del manuscrito 7225 de dicha Biblioteca. Al describrirlo indica también la circunstancia de hallarse anotado por el Petrarca y por Bembo, lo cual quita toda duda de que no sea el mismo códice de la Vaticana.

Nada puedo decir del que lleva el número 3205, pues ni Bastero da, como acostumbra hacerlo en sus copias de los demás códices, ninguna noticia acerca del mismo, ni lo cita Raynouard en la lista que da de ellos en el tomo II, páginas 154 á 163 de su Colección de las poesías de los Trovadores, ni en la que publica de los manuscritos que copió Sainte-Palaye al final de su Gramática romana. La copia de Bastero se encuentra en el tomo que se custodia en la Biblioteca universitaria, y que abraza, como queda dicho, una buena parte del códice número 3204, ya citado, sin que exista título ni indicación ninguna por la cual se conozca que se pasa de la de un códice á la del otro. Es por otra parte la copia donde se encuentran más enmiendas y hasta algunas adiciones; como si al emprender Bastero la tarea de su transcripción, ó no se hallase todavía muy versado en la lectura de los carácteres antiguos, ó no estuviese bastante familiarizado con la lengua provenzal, y le escapase por lo tanto el significado de algunos de sus vocablos.

Del códice 3206 que conoció, primero tal vez por la copia que de él, al par de otros muchos que cita en el Apéndice de su Gramática romana, sacó La Curne de Sainte-Palaye, y algún tiempo después por las que le remitió desde Roma el mencionado Conde de Blacas, limítase Raynouard á decir que es el manuscrito más antiguo de los trovadores que existe en Roma, y que es de tamaño muy pequeño.

Más que en la de los códices anteriores abundan en la copia del que va á ocuparnos las notas ó advertencias que acerca de él escribió en su primera página Bastero. Desde

luego advierte que la encuadernación, hecha como todas en el pontificado de Paulo V, es igual á la de los demás códices. Como todos lleva igualmente en la carta blanca de la cubierta, que es también de pergamino, al pie del título: *Rime provenzali di molti poeti*, el nombre abreviado de su anterior posesor Fulvio Orsini.

El tamaño es de octavo español, y el carácter de letra bastante parecido al del códice 3204, si bien algo más pequeño, como se puede ver en la plancha IV, número II de los facsímiles que se encuentran al fin del citado tomo segundo de la Colección de poesías de los trovadores de Raynouard. Al igual que en los demás códices, las letras iniciales de las composiciones son de color azul ó encarnado, y con miniaturas, aún que no tan acabadas como en otros, al paso que los nombres de los poetas y los títulos de aquéllos son de vermellón. De mucho no tan bien conservado como los demás, fáltanle algunas páginas al principio y al fin, y en el interior las que debían contener las composiciones desde la de número LX hasta la de número LXXXXII. Entre las poesías se encuentra el rotulado «Thesaur» (tesoro) de Pedro Corbiac, un fragmento de más de nuevecientos versos del poema de Jaufre Rudel, por primera vez sacado á luz por Raynouard, y otro de una composición, de la cual por no conocer ni el nombre del autor ni el título, no me ha sido fácil averiguar si figura ó no,—aunque es de presumir que sí,—en alguna de las colecciones publicadas hasta el día. De dicha composición como de otras varias donde la pluma de los trovadores,—no siempre tan respetuosos como hubieran debido serlo con las leyes de la moral y hasta de la decencia, —corrió con más libertad de lo que dichas leyes consienten, obligado más que otros por los deberes de su estado, se permitió nuestro paisano suprimir más de una vez algunos versos. Como en los diferentes códices se repiten con frecuencia poesías ya insertas en otros, en este

caso nuestro paisano se contenta con copiar los primeros versos de las repetidas, indicando á veces, no siempre, el códice de donde sacó la primera copia.

En el folio 15 de la que nos ocupa, trasladó una composición de Bertrán del Pujet, donde pone entre líneas las variantes ortográficas, numerosísimas, de la misma composición, según se halla escrito en el códice 3208. Con lo cual parece haberse propuesto demostrar por medio de un caso particular lo que por reglas generales y por diferentes motivos ha confirmado Mr. Raynouard en el citado Apéndice de su Gramática romana, con ocasión de dar á conocer los cánones á que se había ajustado al transcribir las poesías de los antiguos manuscrito, y que son las mismas, como indiqué antes de ahora, á que se había sometido Bastero.

Después de algunas hojas en blanco encuéntrase al final de la copia del mencionado códice 3206, la advertencia relativa al de número 3207, y que por ser lo más natural y más conforme á la costumbre anteriormente seguida por nuestro docto paisano, debía hallarse al principio de la copia de este códice. A continuación de las advertencias sobre su encuadernación, nombre de su antiguo posesor, y las demás repetidas en todos los tomos, añade las siguientes noticias. «Dicho códice, en cuarto español de 134 páginas de dos colunas cada una, está escrito en un carácter de letra bastante parecido al del anterior, aunque algo más pequeño y más apretadas las líneas.» Respecto á las mayúsculas, así las iniciales de las composiciones como las del principio de cada verso, puestos igualmente á renglón seguido uno de otro y cual si fuesen prosa, también de color azul y encarnado y con miniaturas y adornos de los mismos colores, hace notar la particularidad de que, enlazándose en cierto modo dichas miniaturas ó adornos unos con otros, forman como una división ó línea de éstos entre coluna y coluna que *fa*, dice con gráfica frase,

un bell veurer. En el facsímile número III de la plancha IV del tomo ya citado de Raynouard, se puede ver como el palo de la P con que comienza el tan conocido *sirventés-planchs* (1) de Sordelo á la muerte de Blacas ó Blacatz, violentísima sátira contra los monarcas de su tiempo, abarcando toda la estancia, debía bajar á unirse con la letra inicial de la estancia siguiente.

Señala igualmente como otras particularidades dignas de notarse y que contribuían á realzar la belleza de dicho códice; en primer lugar que las letras del principio de cada verso, si bien están escritas en tinta negra, van como acompañadas y, por decirlo así, realzadas en su contorno con una línea encarnada, lo cual contribuye á que se marque más y se vea más claramente el principio de cada verso; en segundo lugar que los nombres de sus autores son de letra grande y de color encarnado ó azul, ó de los dos colores, cuando por ejemplo sucede en *Guillen de Capdestaing*, ó Cabestanh, según Nostradamus, se cita el nombre y el apellido; y por último que las vidas de los trovadores, de las cuales hay varias en el códice

(1) Permítaseme que traslade aquí lo que acerca de él escribía en mis *Apuntes para una historia de la sátira en algunos pueblos de la antigüedad y de la edad media*, (1868). «Supone en su composición el poeta que con la muerte de aquel noble se han extinguido en el mundo todas las virtudes caballerescas, y como único remedio para compensar tan grave pérdida, reparte y da á comer el corazón de su señor y amigo á los varones *que vivon descoratz*, seguro de que con esto *auran pueis de cor pro*. Los principales personajes por Sordelo invitados á tan singular banquete son el Emperador de Roma (Federico II), de quien duda alcance á someter por la fuerza de las armas á los Milaneses, y que vive desheredado á pesar de sus Alemanes; el Rey de Francia (San Luís), para que recobre Castilla que ha perdido por su necedad; el de Inglaterra (Enrique III), á fin de que siendo *valens e bos*, reconquiste la tierra que el monarca francés le ha arrebatado; el de Castilla (Fernando III el Santo), al cual excita á que coma por dos, pues tiene dos reinos y es apenas bastante valiente para regir uno solo; pero aconsejándole que si quiere comer lo haga á escondidas, porque su madre le castigaría si lo supiese:

que s' il mair' o sabia, batri 'l ab bastos;

el Rey de Aragón (Jaime I), para que digiera la infamia que ha recogido en Marsella y Milán, etc. La composición del Trovador mantuano es importante por estar sembrada de alusiones históricas. ¿Será de igual estima por el parecido de sus retratos? Con recordar los nombres de los reyes de Francia, Castilla y Aragón á quienes alude en sus versos, puede cualquiera deducir si hay ó no que fiar en la imparcialidad y recto criterio de los poetas satíricos.» *Op. cit.* páginas 143 y 144.



que nos ocupa, están escritas con tinta encarnada, menos los versos á que en ellas se hace referencia, —lo que sucede muy á menudo,—que lo están con tinta negra. Bastero ha copiado línea por línea dichos versos, que en el original se hallan á continuación unos de otros como prosa, sin duda para que no se confundiesen con el relato de las vidas. Llama la atención en dicho códice el gran número que hay en él, sobre todo en las últimas páginas, de tenzones, notables algunas de ellas por los trovadores, de los más renombrados entre éstos, que en las mismas toman parte.

Respecto de la copia aparece desde luego mucho más limpia de correcciones y escrita en letra mucho más clara que las anteriores, sobre todo si se la compara con la del códice 3204, que resulta en algunos puntos tanto ó más difícil de descifrar que debe serlo el original hasta por los poco versados en la lectura de los manuscritos antiguos.

Por igual circunstancia, ó sea por la limpieza de la copia y por lo claro de la letra, se distingue también la del códice 3208, á lo cual contribuyó por ventura el estar escritas las composiciones en una sola coluna y verso por verso, y el ser de más fácil lectura el original, de letra al parecer del siglo xv y bastante parecida á los incunables impresos en la llamada letra de tortis, como puede verse en la susodicha lámina IV de facsímiles dados á la luz por Raynouard. Dicho códice, es según éste en folio y contiene tan sólo 36 páginas. Las letras iniciales, así de las composiciones como de los versos, son también de color encarnado, pero sin miniaturas. Tiene este códice la particularidad de que muchas de sus composiciones, acaso la mayor parte de ellas, no llevan el nombre de su autor, estando en blanco el espacio que debía contenerlo. Bastero ha salido de la dificultad que esto le ofrecía dando por inciertos ó desconocidos los autores de las poesías que aparecen por esta circunstancia como anónimas. Lo que para él era en su tiempo una

dificultad poco menos que insuperable, sería hoy trabajo baladí para cualquiera que quisiese averiguar á que trovadores pertenecen dichas poesías, con sólo tomarse la molestia de buscar el primer verso de éstas entre los que forman el numerosísimo índice de las composiciones ó fragmentos de ellas puesto al fin del tomo V de la rica Colección de aquel provenzalista tantas veces citada. El códice original que nos ocupa lleva al fin un glosario del que copió Bastero, sin duda como muestra, algunos vocablos.

Si por de pronto puede parecer extraño y difícil de comprender y hasta poder hacérsele un cargo de que teniendo como tuvo á su disposición nuestro laborioso paisano todos los manuscritos de las bibliotecas de Roma y de Florencia; y que puesto en el empeño de dar á conocer el mayor número posible de las poesías de los trovadores, no copiase el códice 5232 existente también en la del Vaticano, ni el de número 2777 de la Biblioteca Barberini, ni ninguno de los tres de la Laurenciana de Florencia, que debía copiar ó extractar algunos años después el tantas veces citado Mr. Sainte-Palaye, á los cuales sin embargo hace frecuentes referencias en el tomo impreso de su *Crusca* y sobre todo en el *zibaldone* italiano; sin embargo en cuanto se fija la vista en los cuatro tomos de los rotulados con este nombre; y se abren y se encuentra uno con aquellas páginas escritas en letra menudísima y en renglones sumamente apretados; y se viene, sin querer, á la mente la consideración de que habría en aquellos cuatro tomos de que consta la colección materia sobrada para llenar otros tantos volúmenes en fólio abultados, impresos en edición compacta; y se detiene la fantasía á calcular la suma de tiempo, y la paciencia y la constancia, y la infatigable laboriosidad que supone en Bastero haber extractado las más de las veces, y copiado otras escritos por su propia mano la ingente muchedumbre de documentos en dichos volúmenes

contenidos, entonces, dando por averiguado que no fué el temor al trabajo, ni el cansancio y hasta si se quiere el hastío que podía haberle causado el enojoso trabajo de tantas copias como llevaba hechas, las causas que le retrajeron de emplear su pluma y su voluntad en aquella nueva y ruda labor, hay que buscar la de que desistiese de llevar más allá su penoso oficio de copista en otra que hubo de ser, á mi juicio, por ventura la única, la de que, repitiéndose como de hecho se repiten en las colecciones dos ó más veces las mismas poesías, debió de creer que bastaban las por él copiadas para poseerlas en número más que suficiente para que no hubiera trovador de más ó menos renombre de quien no se citasen ó copiasen composiciones entre las contenidas en los cinco códices vaticanos, y con las cuales tuviese materiales de sobra para enriquecer é ilustrar su Diccionario. Recuérdese además en su disculpa, si se cree que tiene necesidad de ella, que Raynouard, sin embargo de haber tenido á su disposición los muchos códices á la sazón conocidos, y la riquísima colección de la Curne de Sainte Palaye, se limitó á dar á luz las que creyó deber escoger entre el sin número de ellas que había reunido, amén de algunos fragmentos de las no publicadas, á fin de ilustrar, por decirlo así, el catálogo y las biografías de los trovadores con que enriqueció su obra.

Y heme aquí llevado como de la mano para daros á conocer en breve espacio la mencionada colección de manuscritos que denominó con aquel vocablo italiano, á que he hecho referencia tantas veces.

Parece á primera vista trabajo perdido ó que podía fácilmente ahorrarse, con adquirir por dinero todas ó parte de las obras ya impresas de que sacó extractos ó copió abundantes pasajes, ya que de ellos se componen principalmente los mencionados volúmenes; pero en atención á que el número considerable de libros así latinos, como italianos y franceses que

extractó hubieran casi formado una biblioteca; á que algunos de ellos debían ser de difícil adquisición por lo raros, aún en Italia, de cuyas prensas habían no pocos salido, y hasta á que alguna vez, copió como inéditos libros ó tratados que habían visto ya la luz pública, como le aconteció, por ejemplo, con el *Llibre de les dones* de Jaime Roig, que trasladó de un códice de la Vaticana, ignorando que existiese alguna edición del mismo; teniendo en consideración que en Gerona, á donde debía regresar más ó menos tarde una vez terminado el asunto para cuyo despacho había sido enviado á Roma, le hubiera sido poco menos que imposible adquirir las obras que, habiéndole servido de fuentes y guías para poner sus trabajos, y sobre todo el de la *Crusca*, en el punto y sazón en que se hallaban, debían más tarde servirle por ventura de consulta y ayuda para perfeccionarlo y llevarlo á completo remate, y comprendiendo en suma cuanto le convenía tener reunidos en poco espacio, y por decirlo así, siempre á la vista, los documentos y materiales que necesitase para rematar el edificio que á costa de tanto estudio y trabajo estaba levantando, hubo de creer que la más adecuada manera de salvar aquellos inconvenientes, el camino más llano para llegar á la realización de sus propósitos, por más que no sin fatiga debiese proporcionárselo, era el por él adoptado.

Sería, á par que de ningún provecho por todo extremo enojoso empeñarme en daros á conocer, no fuera más que trasladando aquí sumarios de ellos, la muchedumbre de fragmentos y extractos de obras, composiciones de antiguos poetas italianos, y vocabularios más ó menos abundantes que contiene el *zibaldone* italiano, que sea dicho de paso es, con el francés, el más abultado de todos. Como los temas que más habían ocupado la atención y sido objeto preferente de los estudios de Bastero eran, como visteis en el análisis que hice de su *Proemio* al tomo impreso de la *Crusca*, los refe-

rentes al origen de las lenguas provenzal y toscana, á la influencia de aquélla sobre ésta,—á la cual estimaba casi tanto como á la suya propia;—á poner en tan alto lugar como fuese posible sobre las de los demás pueblos neo-latinos las excelencias y primores del habla y de la poesía de los trovadores, de ahí que por más ó menos directa manera casi todo lo contenido en el mencionado volúmen vaya encaminado á la demostración, confirmación ó desenvolvimiento de los susodichos temas. Así, y valgan como ejemplos y comprobación de lo dicho, se lee en él un largo extracto del *Libro di Natura d' Amore* de Mario Equicola, impreso en 1554 en Venecia, y que hoy compraría por lo raro á peso de oro cualquier bibliófilo, en donde, después de detenerse su autor á hablar de las muchas obras en prosa ó verso italianas, francesas y provenzales en que se trata del amor, de su naturaleza, de su nombre, de sus alabanzas, etc., dedica un largo capítulo á hablar de *como los poetas latinos y griegos, los juglares provenzales, los rimadores franceses y toscanos, y los trovadores españoles loaron á sus amadas, y describieron sus propias pasiones*: así se copian en él, reducidos á breve compendio, *Il trattato delle virtú morali* de Roberto, Rey de Jerusalén, é *Il Tesoretto* de Bruneto Latini: así se trasladan en él mismo largas citas de varios discursos escritos en lengua vulgar de ilustres oradores, es á saber; una necrología de Varchi en elogio del Cardenal Bembo; otra de Alberto Lollio en alabanza de la lengua toscana, y otra en fin sobre el mismo tema de Leonardo Salviati: así se lee en él otro escrito de Giambullari acerca del primero y más antiguo origen de la lengua toscana, y especialmente de la florentina, al cual sigue un trabajo de Ascanio Persio acerca de la semejanza del idioma toscano con los más nobles de la antigüedad, y principalmente con el griego; monografías todas que revelan un profundo conocimiento de las lenguas antiguas y mo-

dernas, á par que una erudición extensísima: después de las cuales encuéntranse diez y siete páginas, escritas casi todas á dos colunas, que contienen un crecido número de poesías antiguas italianas trasladadas de viejos códices de las bibliotecas Vaticana y Barberini. Por igual manera y evidentemente por idéntico motivo hállanse extractados en él los tomos III, IV y V de los tantas veces citados *Comentarios* de Crescimbeni á su Historia de la poesía vulgar, con abundantes citas y copias de poesías de los siglos XIII y siguientes hasta los primeros años del XVIII; á cuyos extractos que ocupan un considerable número de hojas, siguen los de una multitud de *Anotaciones* al *Decamerone* de Boccaccio, de carácter más que literario y ético, filológico y gramatical; y por último, y pasando en silencio otros trabajos de menos importancia, un resúmen de la *Historia del reino de Nápoles* de Escipión Mazzella, y otro de las *Vidas de los Poetas provenzales* de Nostradamus, según la versión italiana de Juan Giudici, impresa en Lyon en 1575 (1).

Por más que en el volúmen que lleva la rúbrica de *zibaldone latino y castellano* dominan, al parecer, extractos ó documentos de carácter más bien histórico que literario, muéstrase sin embargo en casi todos ellos el preferente cariño del

(1) Esta traducción, dedicada por su autor al Excmo. Sr. Alberico Cybo Malaspina, Príncipe del Sagrado Romano Imperio, se publicó en Lyon en la misma estampa y al propio tiempo en que estaba en prensa el original francés de Nostradamus, pero cuya impresión se hallaba interrumpida, dice su traductor, por justo impedimento, que no señala. La circunstancia de salir á luz simultáneamente la edición original de la obra de dicho escritor y su traducción italiana, y la nueva versión de ella por Crescimbeni hecha á principios del siglo XVIII, son claro testimonio del aprecio en que se la tuvo por espacio de cerca de dos siglos, hasta el punto de verse citada y beneficiada después por cuantos directa ó indirectamente se ocupaban en la poesía provenzal. A aquella superior estima ha sucedido el mayor descrédito, hasta haber podido escribirse, del autor de aquel libro, no sólo que no entendió los antiguos textos provenzales que tenía á la vista y que más que de historiador hizo un trabajo de novelista, sino que donde le faltaron los documentos auténticos los puso de su invención, hasta el extremo de haber sido tratado de falsario impudente por algunos de los modernos provenzalistas. Por fortuna Mr. Chabaneau ha venido á llenar el vacío que el destierro de la obra de aquel escritor dejaba en el campo de la literatura occitánica con su libro titulado: *Les biographies des Troubadours, en langue provençale* (Tolouse, 1885, in 4.º), que fué premiado por la Academia de las Inscripciones y Buenas letras y encomiada por el célebre romanista Mr. Gaston Paris.

docto colector á los estudios filológicos, y á los países donde florecieron la lengua y la poesía occitánicas. Así, pongo por caso, en el largo estudio que dedica á la tan notable como poco conocida obra rotulada: *Notitia utriusque Vasconiæ tum Ibericæ tum Aquitanicæ*, del insigne vascófilo Arnaldo Oihenart, quien fué por ventura el primero que además de haber reunido y dado á la estampa una colección de proverbios (1) en vascuence, compuso é imprimió (París, 1657) una colección de poesías, con un tratado de versificación y un vocabulario de dicha lengua, más que en la parte propiamente histórica de aquella importante región, ocúpase en lo que se refiere al orígen de su antiquísimo idioma, copiando de paso un largo catálogo de sus vocablos de las letras A, B, y C, con su equivalencia en castellano.

Uno de los eruditos que gozó de más alto y dilatado renombre entre los que más grande lo alcanzaron en el siglo XVII, que en tanta abundancia los produjo, fué sin disputa el provenzal Nicolás Claudio Fabri de Peiresc (1580-1637), á quien Bayle apellidó el *procurador general de la literatura*, ya porque se dedicó á todas las ramas de la misma, ya por la desinteresada protección que dispensó á cuantos á su cultivo se dedicaban (2). Su amigo el eximio Gassendi escribió su

---

(1) Escritas y próximas á dar á la estampa estas líneas leí con agradable sorpresa en el curiosísimo *Inventario biográfico de la ciencia española* con que cerró la boca á los apasionados detractores de nuestra cultura, los Sres. Revilla y Azcárate, nuestro doctísimo amigo y y estimado compañero Menéndez Pelayo, y enriqueció el aureo libro de aquel título, que Esteban Garibay había dado á luz mucho antes que aquel escritor (1592?) una *Colección de refranes vascongados* en lengua éuskara; que Andrés de Poza, había publicado en 1589 un libro titulado: *De la antigua lengua, población y comarcas de España, en que de paso se tocan algunas cosas de Cantabria;* y otro con la rúbrica: *De prisca Hispanorum lingua in gratiam eorum qui nesciunt Hispanice loqui, Paradoxon;* y por fin que en 1607, media centuria antes que el citado autor francés, Baltasar de Echave, había dado á la estampa sus *Discursos de la antigüedad de la lengua Cántabra* (Vascongada); y Juan de Beriain (1626?), la *Doctrina* cristiana en Castellano y Vascuence.

(2) A pesar de no haber vivido más que 57 años, y de haber empleado en viajes una buena parte de éstos, dejó manuscritos ciento diez y ocho volúmenes que se hallan distribuídos entre las bibliotecas de Carpentrás, Aix, Monpeller y la Nacional de París.—V. VAPEREAU, *Dict. des Litteratures*.

vida, el Papa Urbano VIII hizo pronunciar en Roma su oración fúnebre, y su muerte fué llorada en versos escritos en cuarenta lenguas, reunidos con el título de *Panglossia* é impresos en Roma en la imprenta Vaticana, única que tal vez poseía entonces los caracteres de letra necesarios para ello. Bastero hizo un largo extracto de la *Vida de Peiresc*, que en su tiempo debía ser ya una curiosidad literaria, y copió casi íntegra la *Panglossia*, poniendo á prueba su paciencia con la transcripción, copiando letra por letra, de uno ó dos versos del principio de las poesías escritas en caracteres caldeos, siriacos, hebreos, samaritanos, árabes, turcos, armenios, etiópicos, coftos, etc. compuestas la mayor parte de ellas por el famosísimo políglota P. Kirker, á par que recreándose en la copia de las poesías escritas en lenguas modernas y más conocidas, en especial de las dos compuestas en provenzal antiguo una y otra en provenzal moderno, aquella por Ubaldini, el comentador de Redi, y ésta por Bouche, y de las dos castellanas que forman parte de dicha colección escritas por un autor casi desconocido y por Alfonso de Salazar.

Y dejando aparte otros documentos pertenecientes la mayor parte á la historia de Francia en breve resúmen extractados de la famosa obra de Duchesne, *Historiæ Francorum scriptores*, por la cual se le apellidó con justicia «padre de la historia de aquella nación»; como fragmentos donde más se revela el amor de nuestro paisano á cuanto se refiere á España y en especial á Cataluña ó á su lengua, merecen citarse entre los que contiene el tomo que nos ocupa, un largo extracto del libro de Cascales, titulado: *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia*, donde halló ocasión para mencionar con elogio una multitud dé familias catalanas nobles, descendientes de los que con motivo de su conquista por D. Jaime fueron á establecerse en ella; otro de la *Traducción de los Triunfos de Petrarca* por Hernando

de Hoces, en la cual se leen noticias de un gran número de poetas provenzales; otro de la *Historia de la ciudad y reino de Valencia* de Escolano, referente á la historia y excelencias de la lengua que hablan sus naturales; y por fin,—y esta última puede considerarse como una de las mayores curiosidades que dicho volúmen contiene,—el resúmen de una obra rotulada: ΤΕΡΑΚΟCOΦΙΟΝ *Rei Accipitrariæ scriptores nunc primum editi. Accessit* ΚΥΝΟCOΦΙΟΝ. *Liber de cura canum. Ex bibliotheca Regia Medicea.* Impreso en París en 1512. Entre los diferentes libros, uno en griego y otros en latin que tratan de dichas materias, y de los cuales da nuestro autor algunas breves noticias, se halla la titulada: *Epistola Aquilæ Symmachi et Theodotionis ad Ptolomæum regem Ægyphti, de re accipitraria, Catalanice lingua,* y que con la rúbrica de: *Assi comensa lo llibre dell nudriment he de la cura dels ocels los quals sepertañye ha cassa*, copia Bastero íntegra.

En suma, hállanse en dicho volúmen algunos extractos de la obra de los Bollandos, referentes á santos españoles, entre los cuales se distinguen por su extensión los relativos á la vida de San Fernando, donde se leen dos de las *Cántigas* de este santo, traducidas en latin, á que hicimos ya alusión en otra parte de este escrito, ó sea, la que refiere *Como Sancta Maria guareceu en Onna al Rey don Fernando quando era menino de una grand' enfermedade que avia,* y la otra *Como Sancta Maria guareceu a Reyna Donna Beatriz de grande enfermedade porque á orou á ssa imagen con grand asperança.* Digno remate de tan interesante volúmen y último testimonio de las aficiones á los estudios filológicos de nuestro sabio paisano es un análisis de la obra del erudítisimo jesuita alemán Atanasio Kirker, titulada: *Turris Babel, vel Atlas polyglotus, sive confusio linguarum* etc., en cuya obra, adelantándose al famosísimo moderno lingüista Kla-

proth, hasta en el título de una de sus más notables obras, el *Atlas y vocabulario políglota de las cinco partes del mundo* que debía formar parte de su nuevo *Mithridates*, da noticia de sesenta y dos lenguas que fueron, según él, resultado inmediato de aquella confusión. Los descubrimientos de los modernos egiptólogos desde Champollion hasta Maspero han hecho inútiles los inmensos trabajos de aquel célebre filólogo y demostrado el ninguno ó escaso fundamento de sus atrevidas hipótesis y de sus ingeniosas observaciones, pero nunca se le podrá negar el mérito de ser suyos los primeros descubrimientos sobre el cofto y los geroglíficos al par que sus extensísimos conocimientos en las lenguas orientales.

Como en el número de páginas y en lo apretado de la escritura aventaja el *zibaldone* francés á los demás, así les escede, si cabe, en la importancia señaladísima que da en él el erudito colector de los documentos en el mismo contenidos á cuanto se refiere á la historia literaria de las dos Francias, y en especial á la de aquende el Loire; y por directo ó indirecto modo á las lenguas y poesías de los troveros y de los trovadores. Antes que los Benedictos de San Mauro echasen los macizos cimientos y empezaran á levantar el asombroso monumento de la *Historia literaria de la Francia*, era la obra de Claudio Fauchet (1530-1601) intitulada: *Recueil de l' origine de la langue et poesie françaises, ryme et romans*, sino la única, la más copiosa fuente á donde podía acudirse para conocer aquella poesía y sus antiguos cultivadores hasta el 1300. Bastero fué á beber en ella, como para regalarse en sus aguas, y después de un breve extracto de *Les antiquitez gauloises et françoises* del mismo autor, llena las setenta páginas que consagra al estudio y al exámen de aquella obra con la lista de los nombres, fragmentos y sumarios de las composiciones de ciento veinte y siete poetas.

Quien en su *Proemio* tantas veces había con encomio ci-

tado á César Nostradamus y en tan alta estima tenía su autoridad, no podía substraerse al deseo, ó por ventura á la necesidad, para mejor conocerla, de que figurase en su *zibaldone* francés un extenso resúmen de su ya citada *Historia de Provenza*. Y á satisfacer aquel deseo ó llenar aquella necesidad dedica más de cincuenta nutridísimas hojas de aquel volúmen. Es de notar que la obra de Nostradamus es como una continuación ó ampliación de la de su tío Juan, autor de las *Vidas de los Trovadores*, por cuanto da á conocer en su libro las gestas y las composiciones de muchos de aquellos poetas.

Aunque de más importancia histórica que literaria, por tenerla para Bastero muy grande cuanto se refería á los países en que más había florecido la poesía trovadoresca, enriquece su *zibaldone* francés con extensos sumarios de otra historia de Provenza, la de Honorato Bouchet. Por idéntico motivo continuó en él un extracto de la *Histoire de la ville de Marseille* de Antonio de Ruffi (1607-1689), que goza de más fama que la anterior, y varios fragmentos de la *Marca Hispánica*, y entre ellos el de la Historia de nuestros Condes, conocida con el nombre de Crónica del Monje de Ripoll.

Bastero á cuya erudición y pacientísimo espíritu de investigación no se ocultó nada de lo que se refería á la historia de la literatura occitánica y de sus cultivadores, así en Italia como en Provenza que le habían precedido en los estudios de la misma, y que al par de los nombres de sus predecesores italianos desde el Cardenal Bembo hasta Crescimbeni, había citado con igual respeto que los de aquéllos los nombres de entrambos Nostradamus, de Catel y de Lafaille, autor aquél de una *Historia de los Condes de Tolosa*, y de unas *Memorias para la Historia del Lenguadoc* y de los *Anales de la ciudad de Tolosa*, el segundo; Bastero que jamás ocultó á que fuentes acudía para llevar á cabo sus

trabajos literarios, ni dejó nunca de citar con elogio y de mostrarse agradecido á los que para que le ayudasen en ellos, tomó por maestros y guías, no debía negar un puesto en el tomo que nos ocupa á aquellos dos escritores ni una mención sus obras, en especial á las del último. Al libro del primero, bajo el punto de vista literario de escasa importancia, dedica tan sólo unas pocas páginas.

En cambio por tenerla muy superior bajo uno y otro concepto, detiénese más en dar á conocer la que lleva la rúbrica de: *Memoires de l' Histoire du Languedoc*, in fólio, impresa en Tolosa en 1633. Por más que se halle relegada á la humilde categoría de curiosidad bibliográfica después que por su interés histórico ha perdido la estima en que se la había tenido, con la publicación de la sobre todo encarecimiento notabilísima *Histoire generale de la province de Languedoc, avec des notes*, en 5 volúmenes en grande in fólio, escrita por los doctos Maurinos Dom Vaissete y Dom de Vic, y que salió á luz desde 1730 á 1745, la harán siempre interesante á los ojos de los críticos y de los amantes de la poesía trovadoresca el alto sentido y la vasta erudición de que hizo en ella alarde su autor, en las curiosas noticias de que la sembró respecto de los poetas provenzales y las composiciones ó fragmentos de ellas de que se halla adornado el texto, y que enriqueció con abundantes notas, sacadas unas y otras de un códice de su propiedad que contenía las rimas de ciento veinte de aquellos antiguos poetas.

En cuanto á la obra de Mr. Germán Lafaille (1616-1711), secretario perpétuo que fué de la Academia de los Juegos florales de Tolosa, además del interés que tiene en su parte histórica por los curiosos datos que encierra, lo ofrece grandiosísimo, y lo ofrecía mucho mayor en los días en que escribía Bastero su *zibaldone,* por contener la historia de la constitución del *Consistorio de la gaya ciencia*, sacada del

primer registro de dicho Consistorio, con la convocatoria, ordenanzas en prosa y verso, reglas para la creación de los Doctores en gay saber, designación de los premios, condiciones de las composiciones que podían obtar á ellos, y cuanto en suma hacía referencia á dicha institución. Cuando en el año 1841 al sacar á luz mis poesías catalanas, daba en una de sus notas una brevísima noticia de la institución de los Juegos florales por el mencionado Consistorio de Tolosa, no sabía de éste sino lo que acerca del mismo se lee en el tomo publicado de la *Crusca provenzale.* Si me hubiera sido conocido entonces el volúmen del *zibaldone* en cuyo examen me ocupo, y que contiene íntegra la copia de los estatutos de aquella poética institución—me atrevo casi á afirmarlo,—ó por iniciativa de nuestra Academia, ó poniendo en ella toda la fuerza de voluntad de mis amigos y mía, alentados por el entusiasmo que nos animaba por nuestro renacimiento literario, á la sazón en sus orígenes, gracias á aquella copia de Bastero nos hubiéramos anticipado los catalanes en algunos años á los literatos del otro lado de los Pirineos en sacar de nuevo á luz los documentos referentes á dicha institución (1), resucitada en parte con la creación de nuestros Juegos florales, los cuales hubiéramos por ventura adelantado igualmente en algunos años.

Completan el volúmen algunos extractos de *Les recherches de France,* de Esteban Pasquier; de la *Histoire de Bearn,* de Pedro de Marca; de la *Histoire genealogique de la Maison d' Auvergne,* de Cristobal Gustet, y de la *Histoire de France,* de Francisco de Mezeray.

Con haber podido ser para las letras catalanas el más inte-

(1) Los dió á la estampa en 1885, Mr. Chabaneau. con notas y aclaraciones, en el tomo x de la *Histoire generale du Languedoc.* Algún tiempo después fueron reimpresos por separado en un tomo en 4.° por Mr. Privat, con el título de: *Origine et etablisement de l' Academie des Jeux Floreaux, extrait du manuscrit inedit des Leys d' amor.*

resante y hasta un verdadero tesoro de inapreciable precio para ellas el rotulado *zibaldone* provenzal, puesto que son inéditas y escritas en nuestro idioma casi todas las obras que contiene, si en vez de limitarse á dar más ó menos extensos extractos de ellas, hubiese empleado su tiempo, de que tan pródigo se mostró siempre cuando en enriquecer su inteligencia y las letras patrias lo empleaba, nos hubiese dado la copia entera de las mismas. No lo verificó así por desgracia y en menoscabo de nuestra literatura, y de ahí que lamentando, como lo lamentaréis todos, que dejando por terminar su labor, que fué como hacerla estéril para el provecho de aquélla y para el acrecentamiento de su fama, me he de limitar á daros á conocer la tabla ó índice de lo que en dicho volumen se encierra, y á llamar vuestra atención sobre alguno de los manuscritos de que os he de dar á conocer los títulos, que será, estoy seguro de ello, aumentar el sentimiento que ha de causaros no poseerlos por entero.

Será el primer caso de éstos el primero también de los fragmentos con que se tropieza al abrir el mencionado *zibaldone*. Dice así su rúbrica: *Inventari ó collectori en part de Cirugia é de Medicina compilat é complit en lāy de Nostre Senyor* MCCCLXIII *per Guido de Cauliac Cirurgiá Mestre en arts é medicina en lo noble estudi de Monpeyler*. He aquí lo que el mismo autor dice en el prefacio de su obra. «E jo guido de cauliac cirugia mestre en medicina de les partides de alvernia del bisbat de Menda, metge é capellá é comensal de nostron senyor lo PP. é vistas moltas operacions é molts escrits dels demonts anomenats autors, majorment de G (Galileo), car he auts aytants libres com eran trobats en cascuna traslació é aquels estodiats ab aquela diligencia que he pugut é per molt temps he obrat en moltas parts e fas encara en avinyó en lāy de nostre senyor MCCCLXIII en lo primer any del pontificat de nostron senyor Urbanus PP.

quint en lo qual any dels dits dels devant nomnats é delles mies esperiencias ab la ayuda de mos companyons he compilada aquesta obra etc.»—Códice 4804 de la Bib. Vaticana.

A los señores médicos que lean este mi trabajo toca apreciar la importancia de ella en la historia de la medicina; á los demás, profanos en esta ciencia, pero amantes de las antiguas letras catalanas nos corresponde tan sólo adivinar su valor científico y lamentar que nos veamos privados de la misma, por la riqueza de vocablos técnicos con que nos hubiera sido dado enriquecer en caso contrario nuestro antiguo léxico catalán.

Sigue á dicha obra otros varios tratados de aquella ciencia rotulados: «Llibre de medicina intitulat: Introducció del art per N. de Joanisch; «Tractat d'orines par Mestre Antoni Ricart;» «Tractat de conexement de polsos» por el mismo, y otros de menos importancia que se hallan en el Códice 4737 de aquella biblioteca.

En parte copiados y en parte extractados del Códice número 4799 de la misma, siguen á continuación cinco opúsculos titulados: «Tractat dels manaments de la Lley de Deu»; «Tractat dels articles de la Fe»; «Tractat dels pecats mortals e de la Virtut»; «Los dons del Esperit Sant»; «Los 7 salmens penitencials.»

Cierra la lista de los extractos de los manuscritos inéditos el que lleva la rúbrica de: «Llibre dels escacs, ordenat per Frare Jaume Casules del orde de Frares preicadors», sacado del Códice 4081; y el intitulado: «Consells de Jaume Roig contra les dones», manuscrito antiguo en fólio, que según dejo apuntado más arriba, copió Bastero en la creencia que no había sido dado á la estampa; y de cuyo libro como dice en una nota puesta á continuación de dicho título, encontró al volver de Roma un ejemplar de lance de la edición de Valencia, que compró en seguida.

Los demás escritos del volúmen son dos extractos de las dos Crónicas de Carbonell, edición de Barcelona de 1547 y del Rey D. Pedro, que se lee en aquel libro de Carbonell, y que no es más que un sumario por capítulos de la crónica de aquel monarca; otro de los «Estatuts y costums de Provença fets en Corts y comentadas per Jaques Marques, advocat; estampats en Aix en 1658», y otro, en suma, de «Las costums generals y consuetuts del Pais y Viscontat de Solé, fetas per lo Rey de França, y en son nom per un seu ministre del Parlament, junt ab los tres estaments y en Corts celebradas en 1520»; impresas en París en 1581. Estas cuatro últimas obras se encuentran en la biblioteca Casenatense.

He llegado al término de mi tarea con harto temor de haber abusado de vuestra indulgencia para conmigo. ¡Si al menos pudiese tener la seguridad de haber alcanzado el objeto que al emprenderla me propuse, que no era otro que daros á conocer la importancia de Bastero en la historia de las letras catalanas, y de sus trabajos literario-filológicos en la de la lengua y poesía provenzales! ¡Si al menos hubiese logrado despertar un sentimiento de cariñosa simpatía por quien trocó en un verdadero culto el amor á su patria, y empleó todos los recursos de su ingenio, y todas las energías de su voluntad, ni rendida jamás al cansancio de una labor árida y fatigosa, ni quebrantada nunca por la falta de estímulos y de justas recompensas; agotando verdaderos tesoros de tiempo y de perseverancia á fin de que, puesto en el empeño de ofrecerle un tributo de filial afecto, digno de ella, pudiese bajar al sepulcro, si tal vez sin esperanza de que pasase su nombre á la posteridad, con la certeza siquiera de que había cumplido aquel su noble

propósito en la medida que sus fuerzas intelectuales, acrecidas por su entusiasmo por la patria, se lo habían consentido! Si así fuese daríame por muy satisfecho de mi trabajo, tanto más cuanto que aquel mismo sentimiento de simpatía en favor de nuestro sabio y poco afortunado paisano, haciéndoos olvidar, ó por lo menos más ligero el cansancio que os habrá causado la lectura de mi largo discurso, no matizado por rasgos de ingenio, ni adornado de las galas del buen decir, sin hechos notables ni variados episodios que lo hiciesen más ameno á la atención y más grato á la fantasía, inclinaría más vuestro espíritu á la benevolencia de que tanto necesito y de la cual espero no os mostraréis avaros.

Y libre ya con esto el ánimo de todo otro sentimiento que pudiera entorpecer ó debilitar la expresión de mis afectos, os doy, Señores, las más sinceras y cordiales gracias, en primer término y con toda la efusión de que es mi pecho capaz por la honrosa distinción con que os habéis dignado favorecerme, dedicando esta solemne sesión pública en testimonio de vuestra bondad como Académicos, como compañeros y amigos de vuestro cariño para conmigo, á conmemorar mis bodas de oro con nuestra Academia; bodas en las cuales ¡ay de mí! mi pobre ingenio no ha podido ofrecerle en arras más que el humilde y desaliñado trabajo que acabáis tan pacientemente de escuchar.

Hay ocasiones en que el lenguaje humano,—y esto lo sabéis todos por experiencia—es excesivamente pobre para expresar lo que se siente. Yo me hallo en este caso. Supla pues vuestro corazón poniéndoos en el lugar mío, y haciéndoos cargo de lo que en este caso sentiríais, y que es lo que mi labio no acierta á decir.

Honrado, como sabéis, por el Conde de Cheste, cuyo quincuagésimo aniversario de su ingreso como socio correspondiente en esta Academia hoy también conmemoramos, con el

encargo de representarle en este acto, creo ser intérprete de sus sentimientos, dándoos en su nombre, no por cierto como él sabría hacerlo, sino como en mi pobreza de ingenio me es dado formularlas, las más afectuosas gracias por la distinción con que acabáis de favorecerle.

Y ahora réstame sólo manifestarle mi agradecido respeto por haberle merecido la honra á que debo el haber podido dirigiros su voz en su nombre y verme investido con la representación de quien ha podido llegar á los últimos años de su vida, ostentando gloriosamente enlazados con sus venerables canas los laureles, siempre puros, inmaculados siempre que como militar cosechó en los campos de batalla y como literato en las pacíficas, pero no menos honrosas lides del ingenio; repitiéndole de paso las felicitaciones que en nombre vuestro y mío le dirigía al principio de mi discurso, y reiterando los votos que del fondo de mi corazón elevaba entonces al Cielo de que nos permitiese saludarle por dilatados años con el título de decano de nuestros socios correspondientes, al que dan mayor realce y enaltecen más el poder añadir á él los de ser el más antiguo de nuestros generales y el patriarca de nuestros literatos.

He dicho.

ADICIONES

Mr. Joseph Tastú

Pág. 60.—Si bien había podido adivinar hasta cierto punto las riquezas literarias relativas á nuestra literatura que dejó á su muerte por la breve correspondencia que sostuve en 1879 con su hijo Mr. Eugenio, con ocasión de pedirle datos acerca de Ausias March, sobre quien sabía que había aquel hecho muchos estudios y recogido no pocas noticias, á fin de enriquecer y completar con ellas la monografía que sobre aquel poeta estaba escribiendo (1879), y que fué premiada en los Juegos florales de Valencia, sin embargo la lectura de la *Noticia sobre la vida y los trabajos de Mr. J. Tastú* de Amadeo Pagés, que dejo citada en mi discurso, y que por desgracia no llegó á mis manos hasta el momento en que estaban en prensa los últimos pliegos de éste, me ha dado á conocer que dichas riquezas exceden en mucho al concepto que acerca de ellas habíame formado.

No es este el lugar de trasladar el inventario algo detallado que de las mismas ha publicado Mr. Pagés en el opúsculo citado, debiendo limitarme por lo mismo á trasladar la división que hace en seis partes, correspondientes, poco más ó menos, á los diferentes géneros de manuscritos de que se compone la que puede llamarse herencia literaria del á quien con razón apellida «el primer catalanista francés;» es á saber:

1.° Correspondencia y colaboración con Raynouard.
2.° Correspondencia y colaboración con Torres Amat.
3.° Viaje á España, ó sea á Cataluña, á las Baleares y á Valencia.
4.° Sus publicaciones.
5.° Sus proyectos de publicaciones.
6.° Manuscritos diversos (originales, copias de otros manuscritos, notas y ensayos).

De los documentos contenidos en esta última clasificación, que divide Mr. Pagés en treinta y tres grupos, importantes todos, tienen superior interés para nuestra literatura, la *Gramática catalana y*

estudios sobre este idioma, en 20 cuadernos; sus *Glosarios catalanes,* bajo cuyo título van comprendidos, además del catalán-castellano, otro valenciano-catalán, un ensayo de diccionario lemosino y valenciano antiguo, y otros trabajos filológicos, etc., los manuscritos y ediciones de Ausias March, lo *Cançoner d' amor,* una colección de extractos y de diferentes notas sobre varios manuscritos, que llevan el número XXXI de dichos grupos, etc., por cuya muchedumbre de trabajos y por la variedad de los mismos dentro de sus especiales estudios de literatura y linguística catalana se descubre á vista de ojos la importancia en la historia de nuestras patrias letras de la figura literaria de Tastú; á quien sólo falta para que salga su nombre de la semi-obscuridad que le rodea, que alguna persona versada en aquellas materias ó alguna corporación beneficie sus trabajos. ¡Ojalá fuese nuestra Academia, de la cual, igualmente que Raynouard, fué aquel laborioso y docto rosellenés uno de sus más ilustres socios, quien se encargase de tan honrosa como útil tarea!

Donatz proenzals

Pág. 63.—Al hablar de las dos ediciones dadas á luz por Mr. Guessard de esta gramática, la segunda de las escritas en esta lengua, si se considera como tal la *Razos de trobar* de Vidal de Bezaudun,—que hubo de escribirla á principios del siglo XIII, algunos años antes que Hugo Faiditz compusiese la suya,—hubiéramos puesto como nota, á no habérsenos por olvido involuntario pasado por alto hacerlo, estas ligeras noticias acerca de dicha obra, objeto desde hace muchos años de concienzudas investigaciones y de repetidos análisis filológicos de los más conspícuos provenzalistas.

Aunque vagos, conservaba recuerdos del *Donatus provincialis,*—título latino por el cual era más conocido,—por lo que de él había leído en Raynouard en los remotos días en que eran sus obras objeto de mis estudios de la poesía de los Trovadores. En dos ocasiones distintas habla aquel de dicho libro, es á saber, en el tomo II página CLVII de su Colección de poesías provenzales (1817), donde se fija principalmente, por ser lo que en aquellos días llamaba más su atención, en el diccionario de rimas para la poesía romana que va al fin de aquella gramática;—de cuya circunstancia y de otras que avaloran aquel precioso libro deduce el estado de perfección y de fijeza á que había llegado en aquella sazón la lengua de los trovadores, mirada entonces, dice, como clásica en la Europa latina;—y más tarde en el tomo VI (1821) pági-

nas II y III, nota, en la cual da un breve sumario de las partes de que consta.

Algunos años más tarde de haber sacado á luz Guessard su última edición del *Donatz*, daba á la imprenta Edmundo Stengel, con el mismo título con que las había publicado aquel, una edición alemana de las dos mencionadas gramáticas de Vidal y de Faiditz, con variantes sacadas de diferentes códices. A propósito de ella decía Chabaneau, que á pesar de que hacía veinte años que se trabajaba para lograr una edición que se pudiese tener como definitiva, no se había alcanzado aun posearla.

Sobre dichas obras publicó en los *Etudi de filologia romana*, Fasci III (1885), L. Biadene un trabajo, del cual dice Restori, que resolvió la cuestión de quien fué el verdadero autor del *Donatus*. Para más noticias sobre este tema pueden verse los prólogos de las dos ediciones francesa y alemana, además de varios números de las dos Revistas «La Romanía» y la de las «Lenguas romanas», que han tratado con más ó menos extensión y por más directa ó indirecta manera del mismo.

Respecto de nuestro país dudo que, excepto Milá, nadie después de Bastero se haya ocupado en el *Donatus* en su versión provenzal ó en la latina. He procurado informarme de si existía algún ejemplar manuscrito de éste en las bibliotecas Nacional y de la Academia de la Historia de Madrid, y de si la *Gramática provenzal* que según Torres Amat existe en la del Escorial, era alguna antigua copia de la de Faiditz; pero por las respuestas recibidas de las personas, por cierto eruditísimas, á quienes me había dirigido para que resolviesen mis dudas acerca de este asunto, me he confirmado más y más en la creencia de que no existe en España ningún códice de ella. Lo cual hace mucho más sensible, aun después de haber sido sacada á luz en Francia y Alemania, la pérdida de la copia que, siguiendo el ejemplo de Varchi y de Grescimbeni, había sacado de dicha gramática Bastero.

